

SAN AMBROSIO DE MILÁN

# SOBRE LA MUERTE DE SU HERMANO SÁTIRO

*De Excessu Fratris Sui Satyrus*

---

SABBATISMUS

San Ambrosio de Milán (340–397)

De Excessu Fratris Sui Satyrus · Sobre la muerte de su hermano Sátiro

Texto latino: dominio público.

Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.

Compuesto en EB Garamond y Cinzel.

sabbatismus.com

[SOBRE EL FALLECIMIENTO DE SU HERMANO SATIRO.]

*ADVERTENCIA SOBRE LOS DOS LIBROS DEL FALLECIMIENTO DE SU HERMANO SATIRO.*

Además de su hermana Marcelina, de quien los libros *Sobre las vírgenes y las cartas ambrosianas* dirigidas a ella manifiestan claramente que vivió principalmente en Roma tras profesar el voto de virginidad perpetua, Ambrosio tuvo también un hermano carnal, cuyo fallecimiento dio motivo a estas pequeñas obras. Consta que se le dio el nombre de Sático, con el cual el *Martirologio Romano*, por la autoridad del santo Doctor, lo incluyó en el número de los santos el 15 de las calendas de octubre. Sin embargo, se entiende por su epitafio, que Dúngalo refiere como escrito por el propio Ambrosio (*De cultu Imag.* tomo IV Bibl. PP. parte II), se entiende; que además fue sobrenombrado Uranio; a menos que prefieras no atribuir al término «Uranio» la razón de un sobrenombre, sino solo la de un epíteto por el cual se signifique la bienaventuranza de Sático, ya recibido en el cielo. Nosotros, por nuestra parte, dejaremos el asunto en suspenso, pero añadiremos el epitafio a estas advertencias preliminares.

Sático, pues, primero defendió causas en el foro (Lib. I, núm. 40), y luego fue puesto al frente de la administración de provincias (Núm. 58), cosas ambas que tuvo en común con Ambrosio. Pero muchas más cosas brillaron en ellos como muy semejantes, y hasta tal punto el uno reflejaba al otro en el rostro, el hábito del cuerpo, la salud,

el ingenio y las costumbres (Núms. 38, 39, 79), que apenas ha existido nunca otro par de hermanos que consintiera tan perfectamente entre sí. De aquí nació aquella íntima y mutua caridad que los ligaba más estrechamente que la misma naturaleza (Núms. 21, 22); por la cual se dio que, habiendo Ambrosio asumido la carga episcopal contra su voluntad y con resistencia, Sático tomó sobre sí todo el cuidado de los asuntos domésticos y temporales (Núms. 20 y sigs.), para aliviar a su hermano al menos de esta parte de trabajo y solicitud. Sucedió, sin embargo, que un tal Próspero, que vivía en alguna de las provincias de África, rehusaba pagar el dinero debido a los hermanos (Núm. 24). Sático decidió partir hacia allá, aunque su hermano se oponía firmemente e incluso lo reclamaba con frecuentes cartas (Núm. 25). Pero habiéndose deshecho en el mismo curso de la navegación la nave en que era llevado, no sin peligro extremo (Núms. 17, 27), arribó a la costa destinada. Resolvió el asunto con Próspero según su deseo. Pero habiendo regresado a Italia y, por ende, a Milán, apenas había sido restituido a los abrazos fraternos cuando cayó en una gravísima enfermedad, por cuya violencia y atrocidad se extinguió (Núm. 17).

Cuánto dolor concibió Ambrosio por su muerte, cualquiera puede entenderlo fácilmente por el amor de ambos y la suavísima sociedad de vida. Sin embargo, no permitió de ningún modo ser quebrantado por este suceso; no solo se impuso cerrar con su propia mano los ojos del cuerpo exánime (Núm. 19) y poner sus hombros bajo

el féretro (Núm. 1): sino que también, habiendo subido al ambón de la basílica ante una innumerable concurrencia de pueblo y estando patente el rostro del cadáver presente (Núm. 78), lo alabó en la primera de estas oraciones, cuyo resumen presentamos aquí. Al principio (Núm. 1 y sigs.), da gracias porque el peligro de la Iglesia parece haberse vuelto hacia su propia familia; y profesa que no debe dolerse tanto de haber perdido a un hermano cuanto alegrarse de haberlo tenido alguna vez; pero lo que más le sirve de consuelo es que a sus lágrimas sigan las lágrimas de todos (Núm. 5), y que ya no tema ser nunca arrancado de su hermano (Núm. 6). De aquí, donde con un tiernísimo sentido de amor conmemoró la múltiple unión que mediaba con su hermano (Núm. 7 y sigs.), excusa su dolor de tal modo que afirma que debe ser templado antes que borrado. Reúne, sin embargo, algunas causas de consuelo, y principalmente (Núm. 17 y sigs.) el que le haya sido lícito rendir los últimos oficios de piedad a su hermano de regreso de África. Entonces, repetidos los méritos del mismo hermano para con él, describe su temor por su ausencia y la engañosa alegría por su regreso (Núm. 20 y sigs.). Tras esto, establecida una comparación entre el luto por el hermano y por Tabita, expone por qué no le habría convenido resucitar (Núm. 28 y sigs.). Donde, comparadas entre sí su condición y la del hermano (Núm. 31 y sigs.), vuelve de nuevo a aquellas cosas que le exasperan el deseo del mismo (Núm. 34 y sigs.). Después, convirtiendo el sermón a las virtudes cardinales, pregona cuánta

confianza puso en la Eucaristía y con cuánta prudencia evitó recibir el bautismo de un cismático (Núm. 42 y sigs.). Allí, recomendadas su elocuencia, fortaleza, sencillez, castidad, templanza y liberalidad para con los pobres, demuestra cómo se mostró con sus hermanos por el hecho de que ni decidió dividir el patrimonio, ni tomar esposa, ni otorgar testamento (Núm. 49 y sigs.). Aunque con estas cosas aumente el dolor concebido, propone sin embargo razones por las que debe ser moderado, y promete que nunca depondrá su memoria (Núm. 63 y sigs.). Finalmente, intercaladas algunas cosas para consuelo de Marcelina, dice el último adiós amantísimamente al hermano y cierra la oración con preces derramadas por su paz y quietud (Núm. 76 y sigs.).

Cuando hubieron transcurrido siete días (Lib. II, núm. 2), el pueblo regresó al monumento de Sátiro para celebrar las ceremonias y preces acostumbradas. Aquí Ambrosio pronunció la segunda de estas oraciones, la cual, aunque se vio apremiado por la estrechez del tiempo para meditarla, fue muy extensa y en este sentido aproximadamente. Después de premisa que en el libro anterior se había dado algún lugar al dolor, en este promete que considerará más la condición de todos los hombres (Núm. 1 y sigs.). De ahí propone tres cosas a tratar: a saber, que la muerte es común, que por su obra somos puestos a salvo de las miserias del siglo y, finalmente, que por ella se da el acceso a la resurrección (Núm. 3). Para persuadir de que esta ley común debe ser sobrellevada, trae a colación varios ejemplos, como el

de aquellos que acompañaban el nacimiento con llanto y el fallecimiento con aplauso; y también el de los licios, entre los cuales los varones en el luto eran obligados por las leyes a vestir ropa de mujer (Núm. 4 y sigs.). De ahí, añadidas algunas razones, castiga gravemente la falta de moderación de las mujeres en los funerales de sus maridos (Núm. 8 y sigs.): y enseña que la paciencia en la muerte de los amigos no es más difícil que en su larga ausencia (Núm. 15 y sigs.). Pronto, pasando a la segunda parte (Núm. 18 y sigs.), expone las múltiples calamidades de la vida humana, de las cuales prueba con ejemplos de varones santos que no somos librados sino por la muerte (Núm. 23 y sigs.). Donde, una vez que amplificó cuánto sufrieron estos mismos, concluye de ahí (Núm. 44 y sigs.) que la muerte no debe ser temida, porque en ella misma se encuentran el descanso, el lucro, el remedio y el honor. Pasa finalmente al último miembro, para cuya demostración usa un triple género de argumento, a saber: la razón, el ejemplo del universo y el testimonio del hecho realizado (Núms. 50, 52). Esboza en pocas palabras que la razón exige que el cuerpo y el alma sean afectados juntos por las penas o por los premios. Pero habiéndose detenido mucho en la segunda parte (Núm. 53 y sigs.), filosofa bellamente sobre las generaciones y mutaciones de la naturaleza; tras lo cual, resueltas prudentemente algunas dudas, confirma la resurrección con el ejemplo del fénix y de la generación humana (Núms. 58, 60); explicados el orden y la razón de la misma resurrección, dice que es indigno que no

sea creída, cuando se presta fe a los delirios filosóficos sobre la transmigración de las almas a varios cuerpos y a las necedades poéticas sobre la conversión de los dientes de serpiente en hombres (Núms. 61, 65, 70). De donde concluye que debe creerse más a los testimonios de los profetas, cuyos pasajes propone y comenta (Núm. 66 y sigs.). Finalmente se llega a los testimonios de hechos realizados, donde expuesta la historia de los tres muertos revocados a la vida por Cristo, tampoco son pasados por alto los que fueron resucitados por Elías, Pedro y en la pasión dominical (Núm. 77 y sigs.). Alzándose de nuevo contra los filósofos, el santo Prelado muestra lúcidamente que la resurrección es consonante con la razón (Núm. 86 y sigs.).

Añade (Núms. 90, 91) que debe prestarse fe a Dios y a Cristo, que es causa de la resurrección; y explicando cómo Pablo ha de ser arrebatado a los aires (Núm. 92), enseña que los patriarcas viven, sobre cuyas virtudes disputa piadosamente (Núm. 95 y sigs.). A esto, una vez que añadió por qué razón se dice que Cristo es «libre entre los muertos», explica con sentido espiritual lo que Moisés prescribió sobre las trompetas (Núms. 95, 117); a lo cual añade la exposición de algunos pasajes del Cantar de los Cantares y del Apocalipsis (Núm. 118 y sigs.). Contraída finalmente toda la oración como en un manojo, y concebidos públicamente deseos de seguir pronto al hermano, concluye el sermón (Núm. 130 y sigs.).

Está fuera de duda que estos dos libros constan de otras tantas oraciones, las cuales el propio

Ambrosio quiso que se unieran en una sola obra, puesto el título de libros, y quizá también añadidos o cambiados algunos puntos; de donde inmediatamente al comienzo del segundo libro pone estas palabras: «En el libro anterior nos permitimos algo», etc. Lo mismo se antepone a la obra en los manuscritos con esta inscripción: «Comienzan los libros de san Ambrosio obispo sobre el fallecimiento de su hermano Sático y sobre la resurrección de los muertos». En algunos códices, sin embargo, hay alguna variedad; por ejemplo, en algunos se inscribe de este modo: «Lamentable queja del bienaventurado obispo Ambrosio sobre el fallecimiento de su carísimo hermano»; pero en casos semejantes encontramos que los libreros usaron la mayor licencia. De mayor autoridad es que Agustín (Lib. II de Pecc. Orig. cap. 41) alega el segundo libro con estas palabras: «En la obra que escribió sobre la resurrección»; y el propio Ambrosio (Enarr. Psal. I, n. 51) ambos con este lema: «En los libros de la Consolación y de la Resurrección». De la primera parte de esta inscripción hablaremos en la Advertencia a la Oración sobre la muerte de Valentiniano, pero ahora solo advertiremos que con el título común el argumento del sermón se expresa más claramente. En cuanto al título del segundo libro, casi siempre se concibe bajo esta forma: «Sobre la fe de la resurrección», o «Sobre la resurrección de los muertos»; y que es apto y congruente lo convence plenamente el análisis del mismo libro realizado anteriormente.

Nadie negará que esta obra fue compuesta en el mismo año en que Sátiro emigró a las regiones superiores; pero en qué año incidiera esta misma muerte es más oscuro. Baronio piensa que debe atribuírsele el mismo que a la muerte de Graciano, esto es, el 383; y de ahí refuerza su opinión porque no estima que el temor de la guerra y de los bárbaros, de que aquí se trata, pueda referirse a otra cosa sino a la irrupción que, una vez muerto el mencionado príncipe, Máximo amenazaba a Italia. Sin embargo, además de que ni de Máximo ni de Eugenio se lee en ninguna parte que trajeran consigo bárbaros tales como los describe el santo Prelado en el primer libro, ¿Cómo el mismo Ambrosio habría omitido la mención de un dolor tan reciente, o habría pronunciado tan confiadamente que cualquier cosa que todos temían se había vuelto hacia su propia casa y había sido expiada con la muerte fraterna? Se añade que el hecho de que la navegación de Sátiro fuera emprendida al comienzo del pontificado ambrosiano lo sugiere aquel hecho, de que Próspero tomara como ocasión para no pagar la deuda la misma dignidad de Ambrosio, y puesto que Ambrosio relata que Sátiro fue arrebatado en la flor de su edad (Lib. I, núm. 31); de esto queda claro que aquellos movimientos bélicos y las amenazas de los bárbaros cuadran con el fin del emperador Valente en el año 378, quemado en una choza el 4 de las calendas de septiembre; pues en esta época un ingente temor a los bárbaros invadió Italia y las provincias vecinas. Por lo cual no dudamos de que ambos libros fueron escritos al año siguiente,

esto es, en el 379; y que esto sucedió hacia el comienzo del estío es argumento el que Ambrosio haga constar que el hermano navegó incluso durante los fríos invernales, y expiró pocos meses después de su regreso.

Era costumbre antigua entre los atenienses que quienes hubieran sucumbido luchando valerosamente por la patria fueran honrados con una alabanza pública, como atestigua Platón en el Menexeno: Los romanos, por su parte, distinguían a los hombres y mujeres ilustres con el mismo honor, costumbre que los historiadores observan que nació del cónsul P. Valerio Publícola, quien alabó públicamente a su colega Junio. Pero existen vestigios todavía más antiguos del mismo rito en los libros sagrados. Pues, ya sea el llanto de David sobre Saúl y Jonatán, que se describe en el libro II de los Reyes, capítulo I, o los lamentos de Jeremías sobre el rey Josías, de los que se habla en el libro II de las Crónicas, ¿qué otra cosa son sino alabanzas fúnebres? No debe, pues, parecer admirable si se encuentran tantas oraciones en alabanza de aquellos que, o bien derramaron su sangre por la fe y el nombre de Cristo, o bien ilustraron el nombre cristiano con el esplendor de singulares virtudes, tenidas entre los Padres de la Iglesia griega y latina. Pero aquello parecerá quizá más insólito: que el propio hermano haya acometido la celebración de las alabanzas del hermano. Sin embargo, Ambrosio tiene clarísimos ejemplos con los que defenderse. Pues, para omitir que aquello vino a ser usual entre los profanos, que grandes varones se mostra-

ran encomiastas de los muertos ligados a sí por un estrechísimo vínculo de conjunción, lo cual se lee realizado por Julio César, quien alabó a su tía Julia y a su esposa Cornelia según la costumbre desde la tribuna, como dice Suetonio en su Vida; solo Gregorio Nacianceno, cuyas oraciones dichas en los funerales del padre, del hermano y de la hermana subsisten, podría bastar para patrocinio de Ambrosio; después, por cierto, Bernardo imitó tanto a Gregorio como a Ambrosio al alabar a su hermano Gerardo.

Advertiremos, antes de retirar la mano del cuadro, que Dúngalo fue engañado por algunos libreros que, debido a cierta afinidad del argumento, describieron el libro Sobre el paraíso junto con estos dos libros; y él alegó ese mismo libro como un tercero sobre la muerte de Sátiro, en lo cual nadie dejará de ver que alucinó gravemente. En cuanto al epitafio mencionado por él, estas son sus palabras —no del todo indignas de nuestro Ambrosio (Loc. cit. sup.):

«A Uranio Sátiro, su hermano Ambrosio le rindió el supremo honor a la izquierda del mártir. Esta es la recompensa del mérito: que el humor de la sangre sagrada, penetrando, bañe los restos vecinos».

## DOS LIBROS DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE EL FALLECIMIENTO DE SU HERMANO SÁTIRO.

### *LIBRO PRIMERO.*

1. Hemos traído, hermanos amadísimos, mi víctima, víctima incontaminada, víctima agradable a Dios, mi señor y hermano Sátiro. Me acordaba de que era mortal, y no me engañó la opinión, sino que sobreabundó la gracia. Por tanto, nada tengo de qué quejarme y tengo por qué dar gracias a Dios; porque siempre deseé que, si algunas perturbaciones aguardaban a la Iglesia o a mí, recayeran más bien sobre mí y sobre mi casa. Gracias, pues, a Dios, porque en este temor de todos, cuando todo es sospechoso por los movimientos de los bárbaros, he pasado el duelo común con un dolor privado, y se ha vuelto hacia mí lo que temía para todos. ¡Y ojalá aquí se consume, para que mi dolor sea la redención del dolor público!

Así también tienes en otro lugar: Un niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado (Is. IX, 6). Pues en el "niño" está el nombre de la edad, en el "Hijo" la plenitud de la divinidad. Hecho de una madre, nacido de un Padre; sin embargo, el mismo es nacido y dado: no pienses que es diverso, sino uno solo. Pues uno solo es el Hijo de Dios, nacido del Padre y surgido de la Virgen, en orden distinto, pero concurriendo en un solo nombre, como también enseña la presente lectura, porque un hombre se hizo en ella, y el mismo Altísimo la fundó (Sal. LXXXVI, 5); hombre ciertamente por el cuerpo, altísimo por el poder. Y si bien es Dios y hombre por la diversidad de naturaleza, sin embargo es el mismo y no otro en ambos aspectos. Por tanto, una cosa es lo especial de su naturaleza, otra lo común con nosotros: pero en ambos es uno solo, y en ambos perfecto.

No es, pues, de extrañar que Dios lo hiciera Señor y Cristo. Hizo, pues, a Jesús, a aquel ciertamente que recibió el nombre del cuerpo; lo hizo a aquel de quien también escribe el patriarca David: La madre Sión dirá: Hombre, y un hombre se hizo en ella. Pero (hecho hombre) es ciertamente diferente no por la divinidad, sino por el cuerpo: ni está separado del Padre, sino exceptuado en su oficio: permaneciendo en el consorcio del poder, segregado en el misterio de la pasión.

Un tratado sobre este lugar exigiría más palabras, con las que pudiéramos mostrar la autoridad del Padre, la propiedad del Hijo y la unidad de toda la Trinidad: pero hoy he asumido el papel de consolar, no de tratar; aunque apartar el ánimo del duelo con la intención de tratar un tema es un uso del consuelo. Pero debo templar mi duelo más que enajenar mi afecto, para que los deseos se calmen más que se adormezcan. Pues no me place alejarme más del hermano y ser retirado por la ocupación; cuando este discurso ha sido emprendido como para acompañarlo, para seguir con mi sentido por más tiempo al que parte: y a quien retengo con los ojos, lo abraza con la mente. Pues place fijar en él toda la agudeza de los ojos, detenerse en él con todos los oficios de las almas, rodearlo con todo el obsequio de las caricias; mientras el ánimo se asombra, y no creo perdido a quien todavía veo presente: ni pienso muerto a aquel cuyos oficios todavía no echo de menos, a los cuales yo había asignado el uso de mi vida y todo el don de mi respiración.

Pues ¿qué devolveré por tan gran gracia, por tan gran trabajo? Yo te había hecho mi heredero, hermano, tú me has dejado como heredero: yo deseaba que me sobrevivieras, tú me has dejado sobreviviéndote. Yo, por tus dones, para compensar los beneficios, ofrecía votos: ahora he perdido los votos, pero sin embargo no he perdido tus beneficios. ¿Qué haré, sucesor de mi heredero? ¿Qué haré, sobreviviente de mi propia vida? ¿Qué haré, sin parte en esta luz que recibo? ¿Qué gracias, qué dones te devolveré? Nada tienes de mí sino lágrimas. O tal vez, seguro de tu mérito, no requieres las lágrimas, las únicas que me quedan como sobreviviente. Pues incluso cuando todavía vivías, prohibías llorar: y testificabas que nuestro duelo te causaba más dolor a ti que tu propia muerte. Las lágrimas prohíben avanzar más, y los llantos me llaman de vuelta. Prohíbe también tu gracia; no sea que, mientras lloramos lo nuestro, parezcamos desesperar de tus méritos.

Pero ciertamente tú también nos disminuyes la amargura de ese duelo: no tengo qué temer, yo que temía por ti; no tengo nada que el mundo ya me arrebatase. Aunque sobreviva la santa hermana, venerable por su integridad, igual en costumbres, no impar en oficios; sin embargo, ambos temíamos más por ti, pensábamos que la alegría de esta vida estaba depositada en ti. Por ti deleitaba vivir, por ti no pesaba morir; pues ambos pedíamos que nos sobrevivieras, no nos agradaba sobrevivirte. ¿Cuándo no se estremeció el ánimo, cuando un temor de esta clase lo inquietaba? ¿Cómo estaba

consternada la mente ante el anuncio de tu enfermedad!

17. ¡Ay de mi miserable opinión! Creíamos que había regresado el que vemos retrasado; pues ahora sabemos que por tus ruegos ante el santo mártir Lorenzo se obtuvo un permiso. ¡Y ojalá no solo hubieras pedido un permiso, sino también un tiempo prolongado de vida! Pudiste obtener muchos años de vida, tú que pudiste obtener un permiso de venida. Y ciertamente a Ti, omnipotente Dios eterno, te doy gracias, porque no nos negaste ni siquiera estos últimos consuelos, porque nos concediste el deseado regreso de un amantísimo hermano de las regiones sicilianas o africanas; pues tan pronto como vino, fue arrebatado; como si solo por esto pareciera haber sido retrasado, para que regresara a sus hermanos.

18. Tengo claramente mi prenda, que ya ninguna peregrinación me puede arrancar: tengo restos que abrazar: tengo un túmulo con el que cubrir tu cuerpo; tengo un sepulcro sobre el cual yacer; y creeré que seré más recomendable ante Dios por descansar sobre los huesos de un cuerpo santo. ¡Ojalá hubiera podido así lanzar mi propio cuerpo contra tu muerte también! Si hubieras sido buscado con espadas, hubiera preferido entregarme yo mismo para ser atravesado por ti: si hubiera podido llamar de nuevo a tu alma que se iba, hubiera preferido ofrecer la mía.

19. Nada me aprovechó haber aspirado tus últimos suspiros, nada haber soplado aire en tu boca al morir; pues pensaba que o bien yo mismo recibía tu muerte, o bien yo mismo transfundía

mi vida en ti. ¡Oh, aquellos infelices, pero dulces últimos testimonios de besos! ¡Oh, miserables abrazos, entre los cuales el cuerpo exánime se quedó rígido y el último aliento se desvaneció! Estrechaba, en verdad, mis brazos, pero ya había perdido a quien sostenía; y recogía con la boca el último espíritu, para aspirar el consorcio de la muerte. Pero no sé cómo aquel aliento se me hizo vital, y exhalaba una gracia mayor en la muerte misma. ¡Y ojalá, si no pude prolongar tu vida con mi espíritu, al menos el vigor de tu último suspiro hubiera podido transfundirse a mi mente, y nuestro afecto hubiera respirado aquella pureza e inocencia de tu alma! Esta herencia me hubieras dejado, hermano carísimo, que no golpeara el afecto con dolor lacrimoso, sino que recomendara al heredero con gracia memorable.

20. ¿Qué haré, pues, ahora, habiendo perdido todas las dulzuras de esta vida, todos los consuelos, todos los ornamentos finalmente? Pues tú eras para mí el único consuelo en casa, y el decoro fuera: tú, digo, el árbitro en los consejos, el partícipe de la preocupación, el suplicante de la solicitud, el alejador del dolor: tú el asertor de mis actos, y el defensor de mis pensamientos: tú finalmente el único en quien residiera la solicitud doméstica y descansara la preocupación pública. Testigo pongo a tu santa alma, de que a menudo temí en las fábricas de la Iglesia que te desagradara. Finalmente, cuando regresaste, reprochaste mi demora: así, dentro y fuera de casa, eras una especie de erudito y árbitro del sacerdote, de modo que no permitías pensar en cosas domés-

ticas y juzgabas que debían cuidarse las públicas. Pero no tema parecer arrogante al decirlo; pues esta es una porción de tu alabanza, porque sin ofensa alguna gobernaste la casa del hermano y recomendaste el sacerdocio.

21. Siento ciertamente que al repetir tus servicios y repasar tus virtudes, el ánimo se ve afectado: pero sin embargo descanso en mi mismo afecto, y estos recuerdos, aunque renuevan el dolor, traen sin embargo placer. ¿Acaso puedo yo no pensar en ti, o pensar alguna vez sin lágrimas? ¿Y podré alguna vez no recordar a tan gran hermano, o recordarlo sin una cierta gracia lacrimosa? Pues, ¿qué hubo para mí agradable que no hubiera procedido de ti? ¿Qué hubo, digo, para mí sin ti, o para ti alguna vez sin mí que fuera un placer? ¿Qué uso no tuvimos, y casi la misma vista y el sueño común? ¿Qué voluntad estuvo alguna vez separada? ¿Qué paso no fue común? de modo que casi cuando levantaba el pie, parecía que o tú levantabas el mío, o yo el tuyo.

22. Pero si alguna vez fue necesario salir sin el otro, hubieras pensado que era un costado desprotegido, hubieras visto un semblante afectado, hubieras juzgado un ánimo triste: no brillaba la gracia de costumbre, ni el vigor habitual: la soledad, sospechosa para todos, traía el temor de alguna enfermedad. ¡Tan nuevo parecía a todos que estuviéramos divididos! Yo ciertamente, impaciente por la ausencia fraterna y no olvidándola, lo buscaba como si estuviera presente, volviendo el cuello repetidamente, y me parecía hablarle y mirarlo cara a cara: pero como un yugo

en un cuello suspendido, cuando había caído de mis esperanzas, creía arrastrarme a mí mismo, con dificultad para avanzar, avergonzado de ser visto, y apresurándome a regresar, porque no me agradaba proceder sin ti.

23. Pero verdaderamente cuando ambos debíamos salir, no había más huellas en el camino que palabras; ni el paso era más frecuente que el discurso: ni había cuidado por el caminar, sino el placer de hablar; pues cada uno de nosotros pendía de la boca del otro. No con mirada atenta para leer el camino, sino para experimentar mutuamente solícitos discursos, para aspirar la gracia de los ojos, para respirar los placeres de la imagen fraterna. ¡Cómo admiraba tus virtudes tácitamente conmigo mismo! ¡Cómo me aplaudía, porque el Señor me había dado tal hermano, tan púdico, tan eficaz, tan inocente, tan sencillo; de modo que cuando pensaba en tu inocencia, desesperaba de la eficacia: cuando veía la eficacia, no pensaba en la inocencia! Pero tú unías ambas con una cierta virtud maravillosa.

24. Finalmente, aquellas cosas que ambos no habíamos podido concluir, tú solo las cumpliste. Próspero, según oigo, se aplaudía a sí mismo, porque con ocasión de mi sacerdocio no pensaba que tendría que devolver lo que había quitado: pero experimentó tu sola eficacia más vehemente que la de dos. Por lo tanto, pagó todo, ni ingrato a tu moderación, ni burlándose de tu pudor: sino agradecido por tu modestia, y no insolente ante tu eficacia. Pero, ¿para quién, hermano, buscaste aquellas cosas? Pues nosotros queríamos que el

premio de tus trabajos fuera el mismo que el testimonio. Realizaste todo, y cuando regresaste habiendo cumplido todo, tú solo, que eres preferible a todos, eres arrebatado de nosotros; como si por esta razón hubieras retrasado la muerte, para que consumaras el oficio de piedad, y te llevaras la palma de la eficacia.

25. ¡Cómo ni a nosotros mismos, hermano carísimo, nos deleitaban los honores de este siglo, porque nos dividían entre nosotros! Los cuales obtuvimos, no porque fuera deseable su percepción, sino para que no pareciera una vil disimulación. O tal vez por esto fueron otorgados, para que, puesto que por tu inmadura muerte iba a ser el ocaso de nuestro placer, aprendiéramos ya a vivir sin nosotros.

26. Y ciertamente reconozco el temor de un alma presaga, mientras repito a menudo lo que escribí. Te llamaba de nuevo, hermano, para que no fueras tú mismo a África, sino que más bien designaras a alguien. Temía confiarte al camino, entregarte a las olas, y un temor mayor de lo habitual había invadido mi ánimo: pero tú explicaste la peregrinación y ordenaste el asunto, y a un navío viejo y con filtraciones, según oigo, te confiaste de nuevo a las olas. Pues mientras buscabas la rapidez, pasaste por alto la cautela, ávido de nuestro favor, disimulando tu peligro.

27. ¡Oh falaz alegría! ¡Oh inciertos cursos de las cosas humanas! Al que regresó de África, restituido del mar, salvado del naufragio, creíamos que ya no se nos podía arrebatar: pero sufrimos más graves naufragios estando en tierra; pues a

aquel a quien los naufragios del mar no pudieron llevar a la muerte, evitada con vigorosa natación, su muerte comenzó a ser para nosotros un naufragio. Pues, ¿qué queda de dulzura para aquellos para quienes tan dulcísimo honor, tan clara luz en estas tinieblas del mundo se ha extinguido: en quien cayó el honor no solo de nuestra familia, sino de toda la patria?

28. Tengo ciertamente para con vosotros, hermanos amadísimos, pueblo santo, la máxima gratitud, porque no consideráis mi dolor de otra manera que el vuestro; porque creéis que os ha sucedido esta soledad nuestra, porque ofrecéis el llanto de toda la ciudad, de todas las edades, los votos de todos los órdenes, con una cierta piedad nueva. Pues no es un dolor de misericordia privada, sino un cierto oficio público y don de la gracia: o si alguna misericordia hacia mí os toca, por haber perdido a tal hermano, tengo un fruto abundante, tengo la prenda de vuestro afecto. Preferiría al hermano vivo; pero sin embargo el oficio público en las cosas prósperas es más agradable, en las adversas más grato.

29. Ni tampoco me parece mediocre el mérito de tan gran oficio. Pues no en vano, o bien en los Hechos de los Apóstoles (Hech. 9:39), muerta Tabita, se describen las viudas llorando, o bien en el Evangelio (Luc. 7:12) se introduce a la multitud que acompaña el funeral del joven movida por las lágrimas de la viuda, a quien se debía la resurrección; sin embargo, a aquella Tabita la lloraron las viudas, pero a este lo lloró toda la ciudad. No hay duda, por tanto, de que el patrocinio de los

apóstoles se compara con vuestras lágrimas: no hay duda, digo, de que Cristo se conmovió por la misericordia cuando os vio llorando. Aunque no haya tocado ahora el féretro, recibió sin embargo el espíritu encomendado: y aunque no llamó con voz corporal al difunto; sin embargo, por la autoridad de la potestad divina libró su alma de los tormentos de la muerte y de las incursiones de la maldad espiritual: y aunque no se sentó en el féretro el que estaba muerto; sin embargo descansó en Cristo: y aunque no nos habló; sin embargo ve aquellas cosas que están sobre nosotros, y ya se alegra de ver lo que es superior a lo nuestro. Pues por lo que leemos en el Evangelio, entendemos lo que ha de venir: y el aspecto de las cosas presentes es indicio de las futuras.

30. No hubo necesidad para él de una resurrección temporal, a quien se debe la eterna. Pues, ¿por qué volvería a caer en esta miserable y pesadísima ruina, y regresaría a esta vida lacrimosa, él de quien más bien debemos alegrarnos que haya sido arrebatado de tan inminentes males y apremiantes peligros? Pues si en un siglo pacificado y cesadas las guerras, nadie lloró al arrebatado Enoc (Gén. 5:24), sino que más bien el profeta lo alabó, como de él dijo la Escritura: "Fue arrebatado, para que la malicia no cambiara su corazón" (Sab. 4:11); ¡cuánto más debe decirse ahora con derecho, cuando al resbaladero del siglo se añade la ambigüedad de la vida! Fue arrebatado, para que no cayera en manos de los bárbaros: fue arrebatado, para que no viera las ruinas de todo el orbe, el fin del mundo, los funerales de los parien-

tes, las muertes de los ciudadanos, finalmente para que no viera la polución de las santas vírgenes y viudas, lo cual es más amargo que cualquier muerte.

31. Yo ciertamente te juzgo dichoso, hermano, tanto por la flor de tu vida como por la conveniencia de tu muerte. Pues no nos has sido arrebatado a nosotros, sino a los peligros: no has perdido la vida, sino que has carecido del temor de las amarguras que amenazaban. Pues por la misericordia de alma santa que tenías hacia los tuyos, si supieras ahora que Italia es presionada por un enemigo tan cercano, cuánto gemirías, cuánto te dolería que la suma de nuestra salvación consista en la valla de los Alpes, y que se construya con barricadas de madera un muro de pudor! ¡Con qué aflicción te dolerías de que los tuyos estuvieran separados del enemigo por tan tenue distinción, de un enemigo impuro y cruel, que no perdonaría ni el pudor ni la vida!

32. ¿De qué manera, digo, llevarías estas cosas, que nosotros nos vemos obligados a padecer, y tal vez (lo que es más grave) a contemplar: que se arrebate a las vírgenes, y que los niños pequeños arrancados del abrazo de sus padres sean arrojados sobre las armas, que se violen los cuerpos consagrados a Dios, y que el útero anciano de una viuda más madura regrese a usos inusitados de cargas, no de hijos? ¿De qué manera, digo, tolerarías eso, tú que incluso con el último aliento, quizá ya olvidado de ti mismo y todavía no desmemoriado de nosotros, con bastante frecuencia nos advertías sobre evitar la incursión de

los bárbaros, recordando que no en vano habías dicho que se debía huir. Quizá porque veías que nos quedábamos desamparados por tu muerte: lo cual no hacías por flaqueza de ánimo, sino por piedad; y si flaco para con nosotros, sin embargo firme para contigo. Quien, siendo llamado de nuevo por el noble varón Símaco, tu pariente, porque se decía que Italia ardía en guerra, porque tenderías al peligro, porque incurrirías en el enemigo; respondiste que esta misma era la causa de tu venida, para no faltar a nuestro peligro, para mostrarte como consorte del riesgo fraterno.

33. Feliz, pues, por tan oportuna muerte, porque no fue reservado para este dolor. Ciertamente más feliz que nuestra santa hermana, quien, destituida de tu consuelo, solícita por su pudor, dichosa hace poco con dos hermanos, ahora atribulada por dos hermanos, no puede ni seguir al uno ni abandonar al otro: para quien tu túmulo es hospedaje, y el sepulcro de tu cuerpo es su casa. ¡Y ojalá fuera este un refugio seguro! El alimento en llantos, la bebida en lágrimas; pues nos diste por alimento el pan de lágrimas, y nos diste de beber en lágrimas con medida, o quizá sobre la medida (Sal. 79:6).

34. Pues, ¿qué diré de mí, a quien ni se me permite morir, para no dejar a mi hermana, ni me agrada vivir, para no verme arrancado de ti? Pues, ¿qué puede ser para mí agradable sin ti, en quien siempre estuvo toda nuestra alegría? ¿o por qué agrada pasar más tiempo en esta vida, y demorarse en las tierras en las cuales tan agradablemente vivimos mientras vivimos juntos? Aunque hubie-

ra algo que aquí pudiera deleitarnos, sin ti no podría deleitarnos; y si alguna vez hubiéramos deseado intensamente prolongar la vida, ya sin embargo no queríamos estar sin ti.

35. Esto es intolerable. Pues, ¿qué es tolerable sin ti, tan gran compañero de vida, tan gran consorte de mis trabajos y oficios? Cuyo ocaso, para que fuera más tolerable, ni pude premeditar; ¡así temía mi ánimo pensar algo semejante sobre ello! no porque ignorara la condición, sino que un cierto uso de los votos había oscurecido el sentido de la fragilidad común; de modo que no sabía pensar de él sino cosas prósperas.

36. Finalmente, hace poco, cuando me veía presionado por un cierto grave (¡y ojalá supremo!) ocaso; esto solo me dolía, que tú mismo no estuvieras sentado junto al lecho, y habiendo compartido el oficio prometido con nuestra santa hermana, cerraras con tus dedos los ojos del que moría. ¡Qué había deseado! ¡Qué devuelvo! ¡Qué votos fallan! ¡Qué ministerios se suceden! Una cosa preparaba, otra me veo obligado a ofrecer; ya no él mismo el que recibe el ministerio del funeral, sino el ministro. ¡Oh duros ojos, que pudisteis ver al hermano muriendo! ¡Oh crueles y ásperas manos, que cerrasteis los ojos en los que veía más! ¡Oh más duro cuello, que pudiste llevar tan lúgubre peso, aunque con consolable obsequio!

37. Tú, hermano, me ofrecerías esto más justamente. Esto esperaba yo de ti, estos oficios deseaba. Ahora, en verdad, sobreviviendo a mi propia vida, ¿qué consuelo recibiré, tú que solo solías consolar al que sufre, excitar la alegría, alejar la

tristeza? ¡Cómo te contemplo ahora, hermano, ya no devolviéndome ninguna palabra, ya no ofreciéndome ningún beso! Aunque siempre se asentó en cada uno de nosotros un amor mutuo tal, que se fomentaba más por el afecto interior que por la lisonja externa; pues no buscábamos el testimonio de otros, nosotros que teníamos tanta gracia propia. Así se había infundido en cada uno de nosotros el jugo de la germanidad viril, que no parecía que probáramos el amor con lisonjas, sino que contentos con el amor interno de una mente consciente de la piedad, no parecíamos requerir el afeite de las lisonjas, a quienes la misma imagen formaba en el amor mutuo; pues no sé con qué expresión de la mente, con qué similitud del cuerpo, nos veíamos el uno en el otro.

38. ¿Quién te miró, que no pensara que me había visto a mí? ¡Cuántas veces saludé a algunos que, puesto que te habían saludado primero a ti, decían que ya habían sido saludados por mí! ¡Cuántos te dijeron algo a ti que recordarían habérmelo dicho a mí! ¡Qué alegrías de aquí para mí, cuánta alegría surgía frecuentemente, al verlos errar en nosotros! ¡Qué grato error, qué agradable desliz, qué religiosa falacia, qué suave calumnia! Pues no había nada de tus hechos o de tus palabras que yo temiera, yo que me alegraba de que lo tuyo se me atribuyera a mí.

39. Sin embargo, si contendían más vehementemente, porque recordaban haberme comunicado algo, respondía riendo y gozando: Mirad que no se lo digáis a mi hermano. Pues como todas nuestras cosas nos eran comunes, un espíritu

indiviso, un afecto indiviso; sin embargo, solo no era común el secreto de los amigos: no porque temiéramos el peligro de comunicarlo, sino para guardar la fidelidad de mantenerlo. Ciertamente, si la cosa debía pesarse por el consejo, siempre era común el consejo, pero no siempre común el secreto. Pues aunque los amigos se lo dijeran a uno de nosotros de tal modo que sus palabras llegaran al otro; sin embargo sé que frecuentemente la fidelidad del secreto se guardó de tal modo que ni siquiera al hermano se comunicó. Pues era una prueba fiel de que no se había traicionado al extraño lo que no se había compartido con el hermano.

40. Elevado, pues, por estos tantos y tales bienes a un cierto exceso de la mente, confieso que había dejado de temerme a mí mismo como sobreviviente, porque lo creía a él más digno de vida: y por eso recibí una herida que no puedo llevar; pues son más tolerables las heridas premeditadas de tanto dolor que las inexploradas. ¿Quién consolará ahora al triste? ¿Quién levantará al afligido? ¿Con quién compartiré las preocupaciones? ¿Quién me librará de la usura de este mundo? Pues tú eras el autor de los negocios, el censor de los siervos, el árbitro de los hermanos; no árbitro de contienda, sino de piedad.

41. Pues si alguna vez hubo algo que tratar con nuestra santa hermana, sobre qué sentencia pareciera mejor, te tomábamos como juez, que a nadie heriría la boca, y deseando satisfacer a ambos, mantenías tanto el afecto de amar como la medida de juzgar; de modo que a ambos des-

pedías agradecidos, y para ti mismo vindicabas la gratitud de ambos. O si tú mismo presentabas algo que discutir, ¡cuán grata era tu contienda! ¡cuán sin hiel aquella misma indignación! ¡cuán nada amarga la coerción hacia los mismos siervos; cuando aprendías a diferir ante los hermanos antes que a vindicar por afecto! Pues a nosotros la profesión nos reprimió el estudio de coacer; más bien tú, hermano, nos alejabas de todo afecto de coerción, prometiendo vindicar y deseando suavizar.

42. No es mediocre testimonio de la prudencia, la cual es así definida por los sabios: Que lo primero de los bienes es conocer a Dios, y venerar aquello verdadero y divino con mente piadosa, amar aquella amable y deseable hermosura de la verdad eterna con toda la caridad de la mente. Lo segundo, derivar hacia los prójimos la piedad desde aquella fuente divina y naturaleza celestial: lo cual también los sabios del mundo extrajeron de nuestras leyes. Pues no podrían haber derivado aquello a las disciplinas de los hombres si no fuera desde aquella fuente celestial de la ley divina.

43. ¿Qué diré, pues, de su observancia hacia el culto de Dios? Quien antes de haber sido iniciado en los misterios más perfectos, viéndose en un naufragio, cuando la nave en la que era llevado chocó contra un escollo y se deshacía por las olas que apretaban de aquí y de allá, no temiendo la muerte, sino salir de la vida vacío del misterio; pidió a aquellos que sabía que estaban iniciados, aquel divino sacramento de los fieles: no para

llevar ojos curiosos a los arcanos, sino para conseguir el auxilio de su fe. Pues hizo que se ligara en un orario, y envolvió el orario al cuello, y así se lanzó al mar, no requiriendo una tabla suelta de la armazón de la nave sobre la cual nadando fuera ayudado, puesto que había buscado solo las armas de la fe. Así, creyéndose bastante cubierto y munido por estas, no deseó otros auxilios.

44. Al mismo tiempo puede verse su fortaleza, quien fallando el remo, no tomó una tabla como náufrago, sino que como fuerte tomó de sí mismo el apoyo de su virtud: ni lo abandonó la esperanza, ni lo engañó la opinión. Finalmente, salvado el primero de las ondas, y llevado al puerto de una estación terrestre, reconoció a su guía, a quien se había confiado: y enseguida, donde o bien liberó a sus otros siervos, o los encontró liberados, despreciando los bienes y no deseando lo perdido, buscó la iglesia de Dios; para dar gracias liberado y conocer los misterios eternos, pronunciando que ningún oficio es mayor que dar gracias. Pues si no darlas a un hombre fue juzgado similar al homicidio; ¡cuán gran crimen es no darlas a Dios!

45. Es, pues, del hombre prudente conocerse a sí mismo, y como ha sido definido por los sabios, vivir según la naturaleza. ¿Qué es tan según la naturaleza como dar gracias al autor? Mira este cielo; ¿acaso no da gracias al autor cuando es visto? Pues los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos (Sal. 18:2). El mar mismo, cuando está calmado y tranquilo, atestigua el indicio de la serenidad divina: cuando se mueve, la indignación suprema

es motivo de terror. ¿Acaso no todos admiramos con derecho la gracia de Dios, cuando advertimos que la naturaleza insensible por una cierta razón sensible reprime sus olas, y la onda conoce sus límites? Pues, ¿qué diré de las tierras, las cuales obedeciendo al precepto divino suministran espontáneamente pasto a todos los vivientes (Gén. 1:11); y aquello que recibieron los campos, lo restituyen como multiplicado y acumulado con usuras crecientes?

46. Por lo tanto, aquel que, con la naturaleza como guía, había percibido la razón de la obra divina con el vigor ígneo de su mente, supo ante todo que debía dar gracias a su Salvador: pero porque no podía devolverlas, podía tenerlas. Pues es tal la fuerza de esta clase de gracia que, tanto cuando se devuelve, se tiene; como al tenerla se devuelve. Devolvía, pues, las gracias, defería la fe. Pues quien había experimentado tan gran protección del misterio celestial envuelto en un orario (orarium), ¡cuánto pensaba que sería si lo tomara con la boca y lo agotara con todo el secreto de su pecho! ¡cuánto mayor juzgaba lo infundido en las entrañas, lo cual, estando solo cubierto por el orario, le había aprovechado tanto!

47. Pero no fue tan ávido que fuera incauto; pues sabemos que muchos, por la avidez del estudio, omiten la precaución. Llamó a sí a un obispo, y no consideró ninguna gracia verdadera sino la de la verdadera fe, y le preguntó si concordaba con los obispos católicos, esto es, ¿con la Iglesia Romana? Y por casualidad, en aquel lugar, la Iglesia estaba en el cisma de aquella región; pues

Lucifero se había dividido de nuestra comunión en aquel tiempo y, aunque había ido al exilio por la fe y había dejado herederos de su fe, no pensó, sin embargo, que la fe estuviera en el cisma. Pues aunque mantuvieran la fe hacia Dios, sin embargo no la mantenían hacia la Iglesia de Dios, de la cual permitían que se dividieran como ciertos miembros y que sus extremidades fueran lacradas. Pues habiendo Cristo padecido por la Iglesia, y siendo la Iglesia el cuerpo de Cristo (Ef. 5:25), no parece que estos exhiban fe a Cristo, por quienes se vacía su pasión y se distrae su cuerpo.

Así pues, aunque tenía el fénix de la gracia y temía, como deudor de tan gran nombre, navegar; prefirió, sin embargo, pasar a donde pudiera pagar con seguridad: pues juzgaba que el pago de la gracia divina estaba en el afecto y en la fe; la cual, ciertamente, tan pronto como hubo por primera vez una copia más libre de la Iglesia, no tardó en cumplir. Y recibió la deseada gracia de Dios y conservó la recibida. Nada, pues, es más sabio que aquella prudencia que distingue las cosas divinas de las humanas.

49. Pues, ¿qué diré de su elocuencia presenciada en los estipendios forenses? ¡Con qué increíble admiración brilló en el auditorio de la sublime prefectura! Pero prefiero alabar aquellas cosas que, percibidos los misterios de Dios, consideró que eran más poderosas que las cosas humanas.

50. Su fortaleza también, si alguien quiere verla más plenamente, considere cuántas veces después del naufragio, con un cierto invicto desprecio de esta vida, cruzó los mares: y recorrió

difundidas regiones yendo de un lado a otro: finalmente, que en este mismo tiempo no huyó del peligro, sino que vino al peligro, paciente de la injuria, negligente del frío, ¡y ojalá fuera solícito de la precaución! Pero en esto mismo fue dichoso, porque mientras le fue lícito usar el vigor del cuerpo, sin tropiezo para ejecutar lo que quería, habiendo cumplido el oficio de la juventud, vivió su vida y no conoció debilidad.

51. ¿Con qué prosecución, en verdad, expondré su sencillez? Pues es esta una cierta templanza de costumbres y sobriedad de la mente. Dad, os ruego, perdón, y permitid a mi dolor que me sea lícito hablar de él un poco más abundantemente, con quien ya no se me concede conversar. Ciertamente también a vosotros os aprovecha, para que advirtáis que habéis deferido este oficio no por una cierta fragilidad, sino por juicio: ni impulsados por la misericordia de la muerte, sino provocados por la honorificencia de las virtudes; pues toda alma sencilla es bendita (Prov. 11). Pero tanta era su sencillez que, convertido en niño, por la sencillez de aquella edad inocente, brillaba como efigie de perfecta virtud y como un cierto espejo de costumbres inocentes. Entró, pues, en el reino de los cielos porque creyó en la palabra de Dios; porque como un niño rechazó el arte de adular, absorbió clementemente el dolor de la injuria, la cual vindicó más inclementemente: más pronto a la queja que al dolo, fácil para la satisfacción, difícil para la ambición, santo para el pudor; de modo que frecuentemente proclamarías en él

más bien una vergüenza superflua que buscarías una necesaria.

52. Pero nunca son superfluos los fundamentos de la virtud; pues el pudor no retira, sino que recomienda el oficio. Y así, bañado el rostro como por una cierta vergüenza virginal, cuando con el semblante traicionaba su afecto, si por azar llegando de repente había ofendido a algún pariente, como deprimido y como sumergido en la tierra, aunque en aquella misma reunión de hombres no era en modo alguno diferente, raras veces levantaba el rostro, alzaba los ojos o devolvía la palabra: lo cual hacía con un cierto pudor honesto de la mente, con el cual también concordaba la castidad del cuerpo. Pues conservó los dones inviolados del sagrado bautismo, limpio en el cuerpo, más puro en el corazón: no temiendo menos el oprobio de la palabra adúltera que el del cuerpo: no juzgando que debía deferirse menor reverencia a la pudicicia por la integridad de las palabras que por la castidad del cuerpo.

Finalmente, de tal modo amó la castidad que ni siquiera buscó esposa; aunque en él no solo hubo apetencia de castidad, sino también la gracia de la piedad. De un modo admirable, además, tanto disimulaba el matrimonio como declinaba la jactancia: y tanta era la disimulación que, incluso instándolo nosotros, parecía más bien diferir el consorcio (*consortium*) que rechazarlo. Esto fue lo único, por tanto, en lo que no confió ni siquiera a sus hermanos: no por alguna duda de vacilación, sino por el pudor de la virtud.

¿Quién, pues, no se admiraría de un hombre entre dos hermanos, uno virgen, el otro sacerdote, el mediano en edad, no impar en magnanimidad, que de tal modo sobresalió entre dos máximos dones; que devolvía la castidad de un don y la santidad del otro, no por el vínculo de la profesión, sino por el oficio de la virtud? Por tanto, si la libido y la iracundia son las nodrizas de los demás vicios, con razón llamaría a la castidad y a la clemencia ciertas madres de las virtudes; aunque también la piedad, así como es el principado de todos los bienes, así también es el semillero de las demás virtudes.

55. Pues, ¿qué diré de la parsimonia y de una cierta castidad en el poseer? Pues no busca lo ajeno quien conserva lo suyo: ni se infla con lo inmoderado quien está contento con lo propio. Nada más, pues, quiso recuperar sino lo propio; más bien para no ser defraudado que para ser enriquecido. Pues a los que buscaban lo ajeno, con razón los llamaba gavilanes del dinero. Pero si la raíz de todos los males es la avaricia, ciertamente se despoja de los vicios quien no requiere el dinero (1 Tim. 6:10).

Nunca se deleitó con banquetes más esmerados o platos amontonados, excepto cuando invitaba a amigos: requiriendo cuanto fuera suficiente para la naturaleza, no cuanto sobrara para el placer. Y ciertamente no era pobre en riquezas, pero sí pobre en espíritu. De su bienaventuranza (Mat. 5:3) de ningún modo debemos dudar, pues ni como opulento se exaltó en las riquezas, ni como pobre juzgó como poco lo que tenía.

57. Resta que, para la conclusión de las virtudes cardinales, debamos advertir también en él las partes de la justicia. Pues aunque las virtudes sean parientes entre sí y estén unidas, se desea sin embargo una cierta forma más expresiva de cada una, y máximamente de la justicia. Pues ella es más parca consigo misma hacia fuera en todo, y lo que tiene por una cierta inclemencia de sí, mientras es arrebatada por el amor común, lo transfiere a los prójimos.

58. Pero de esta hay múltiples especies. Una para con los parientes, otra para con todos, otra para con el culto de Dios o el auxilio de los pobres. Así pues, cuál fue para con todos, lo enseñan los estudios de los provinciales a quienes presidió: los cuales decían que había sido más bien un padre propio que un juez: grato árbitro de la piadosa necesidad, constante discutiador del derecho equitativo.

59. Entre los hermanos, sin embargo, cuál fue, aunque abrazaba a todo el género humano con benevolencia, lo enseña el patrimonio indiviso: y la herencia no distribuida ni mermada, sino reservada. Pues negó que la piedad fuera para él causa de hacer testamento. Pues esto también lo selló en su último discurso, cuando encomendaba a quienes había amado; que para él no había habido decisión de tomar esposa, para no ser arrancado de sus hermanos: ni voluntad de hacer testamento, para que nuestra decisión no fuera herida en nada. Finalmente, rogado y suplicado por nosotros, no pensó sin embargo que debiera establecerse nada: no olvidó sin embargo a los

pobres, sino solo suplicando que se les atribuyera tanto cuanto nos pareciera justo.

60. Con lo cual expresó suficientemente el indicio del temor divino y dio un ejemplo de religión humana. Pues lo que dio a los pobres lo entregó a Dios, ya que el que da al pobre presta a Dios (Prov. 19:17); y al pedir lo que es justo, no dejó una pequeña parte, sino el todo. Pues esta es la suma de la justicia: vender lo que tienes y entregarlo a los pobres. Pues el que distribuyó y dio a los pobres, su justicia permanece por los siglos (Sal. 111:9). Por tanto, nos dejó como administradores (dispensadores), no como herederos; pues la herencia se busca para un sucesor, la administración se debe a los pobres.

61. De donde no sin razón cuán grande fue, hoy también a través de la voz de un pequeño lector, lo expresó el Espíritu Santo: El inocente de manos y limpio de corazón, que no recibió su alma en vano ni hizo engaño a su prójimo: esta es la generación de los que buscan a Dios (Sal. 23:4, 6). Este, por tanto, subirá al monte del Señor y habitará en el tabernáculo de Dios; porque habiendo entrado sin mancha, obró justicia, habló la verdad y no engañó a su prójimo (Sal. 14:2, 3); ni prestó su dinero a interés, quien siempre quiso recuperar lo hereditario. Reconozco el oráculo; pues lo que ninguna disposición ordenó, el Espíritu lo reveló.

62. ¿Pero por qué recordaría aquello, habiendo progresado en piedad más allá de la misma justicia, cuando había pensado que ciertas cosas debían atribuirse al poseedor de los frutos comunes en consideración de mi oficio, me pregonaba

como autor de la largueza y aportaba el lucro de su propia porción al consorcio común?

63. Estas y otras cosas, que entonces me servían de placer, máximamente ahora exacerban el recuerdo del dolor. Sin embargo permanecen, y estarán siempre, ni nunca pasan como una sombra; pues la gracia de la virtud no muere con el cuerpo, ni es el mismo el fin de la naturaleza y de los méritos; aunque el uso de la misma naturaleza no muera para siempre, sino que descansa en una cierta vacación temporal.

64. Por tanto, a quien cumplió tales virtudes y fue arrebatado de los peligros, lo lloraré con deseo más que con pérdida. Pues la misma oportunidad de la muerte persuade de que debemos considerarlo más para ser seguido con gracia que para ser dolido; pues está escrito que en el dolor común debe cesar el propio (4 Esdr. 10:11 y ss.). Pues no se dice en el discurso profético a aquella sola mujer que es figurada, sino a cada uno, cuando parece haber sido dicho a la Iglesia.

Se me dice por tanto también a mí, y lo dice la Escritura celestial: ¿Acaso enseñas esto, así instituyes al pueblo de Dios? ¿O no sabes que tu ejemplo es el peligro de los demás? A menos que por azar te quejes de no haber sido escuchado. Primero, eso es de una arrogante impudicia, querer merecer solo lo que supieras que ha sido negado incluso a muchos santos; sabiendo que Dios no hace acepción de personas (Hech. 10:34). Pues aunque Dios es misericordioso, sin embargo, si siempre escuchara a todos, no ya por libre voluntad, sino por una cierta como necesidad

parecería hacerlo; además, cuando todos piden, si escuchara a todos, nadie moriría. ¡Por cuántos, pues, pides a diario! ¿Acaso debe disolverse la constitución de Dios por consideración a ti? ¿Por qué entonces te dueles de que algo no haya sido alcanzado alguna vez, cuando sabes que no siempre es alcanzable?

Estúpido, dice, sobre todas las mujeres, ¿no ves nuestro luto y lo que nos ha sucedido, pues Sión, nuestra madre, se entristece con la tristeza de todos y ha sido humillada con la humildad? Llorad muy válidamente también ahora, ya que todos lloramos; y estad tristes, ya que todos nos hemos entristecido: pues tú te entristeces por un hermano. Interroga a la tierra y ella te dirá, pues ella es la que debe llorar, sobreviviente de tantos brotes: y de ella, dice, desde el principio todos han nacido, y otros vendrán, y he aquí que casi todos caminan hacia la perdición y su multitud se convierte en exterminio. ¿And quién debe llorar más, sino aquella que perdió tan gran multitud, que tú que te dueles por uno (4 Esdr. 10:6 y ss.)?

67. Absorba, pues, nuestro dolor el dolor común, y excluya la amargura del pesar propio. Pues no debemos dolernos por aquellos a quienes vemos liberados; ni tampoco recordamos ociosamente que almas tan santas hayan sido en este tiempo absueltas de los vínculos corporales. Pues vemos a viudas tan graves, como por juicio divino, difuntas al mismo tiempo, de modo que parece un cierto exceso de partida, no un ocaso de muerte; para que la veteranía de la pudicia, ganados ya sus estipendios, no cayera en la duda de

un pudor largamente guardado. ¡Qué gemidos, qué dolores me excita tan amargo recuerdo! Y si yo no estaba libre de pesares, sin embargo en aquel mismo dolor privado, en aquella misma pérdida de la flor de tantos méritos, una cierta condición común de la naturaleza me consolaba: y el dolor fijo en uno había cubierto con la apariencia de la piedad doméstica la amargura del funeral público.

68. Repeto, pues, sagrada Escritura, tus consuelos; pues agrada demorarse en tus preceptos, en tus sentencias. ¡Cuán más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que caiga un ápice de la Ley (Luc. 16:17)! Pero oigamos ya lo que está escrito: Ahora, dice, retén en ti misma tu dolor, y lleva con fortaleza los casos que te han sucedido. Pues si justificaras el término de Dios, recibirás a tu hijo a su tiempo, y serás alabada entre las mujeres (4 Esdr. 10:15, 16). Si esto a una mujer, ¿cuánto más a un sacerdote? Si sobre un hijo, no es por cierto absurdo que tales cosas puedan recordarse también sobre la pérdida de hermanos; aunque si yo hubiera tenido un hijo, nunca lo habría amado más. Pues así como en el óbito de los hijos los trabajos derramados y los dolores asumidos en vano parecen aumentar el pesar; así también en los hermanos el uso de la costumbre y del colegio encienden la amargura del dolor.

69. Pero he aquí que oigo a la Escritura diciendo: No hagas este discurso, sino consiente en ser persuadida. Pues ¿cuál es el caso de Sión? Consuélate por el dolor de Jerusalén. Pues ves que nuestras cosas santas han sido contaminadas, y

el nombre que ha sido invocado sobre nosotros casi ha sido profanado, y los nuestros han sufrido contumelia, y nuestros sacerdotes han sido quemados, y nuestros levitas han estado en cautividad, y nuestras mujeres han sido contaminadas, y nuestras vírgenes han sufrido violencia, y nuestros justos han sido arrebatados, y nuestros niños entregados, y nuestros jóvenes han servido, y nuestros fuertes han sido debilitados. Y lo que es más grande que todo, el sello de Sión, puesto que ha sido despojada de su gloria, ahora también ha sido entregada en manos de los que nos odian. Tú, pues, sacude tu mucha tristeza, y depón de ti la multitud de dolores; para que el Fuerte se te vuelva a propiciar, y el Altísimo te dé descanso con el descanso de los dolores (4 Esdr. 10:20 y ss.).

70. Cesarán, pues, las lágrimas, pues hay que obedecer a los remedios saludables, porque debe haber alguna diferencia entre los fieles y los pérfidos. Lloren, pues, los que no pueden tener esperanza de resurrección, la cual no la quita la sentencia de Dios, sino la inclemencia de la fe. Haya diferencia entre los siervos de Cristo y los cultores de los ídolos; que aquellos lloren a los suyos, a quienes creen que han perecido para siempre: que aquellos no tengan descanso de lágrimas, que no consigan ningún reposo de la tristeza, quienes piensan que no hay descanso para los muertos. Pero para nosotros, para quienes la muerte no es el fin de la naturaleza sino de esta vida; puesto que la misma naturaleza se repara para mejor, que el llanto borre todos los casos de muerte.

71. Ciertamente, si aquellos encontraron para sí algunos consuelos, los cuales pensaron que la muerte era el fin del sentido y el defecto de la naturaleza; ¡cuánto más nosotros, a quienes la conciencia de las buenas obras nos promete mejores premios después de la muerte! Tienen los gentiles sus consuelos, porque piensan que la muerte es el descanso de todos los males: y así como carecen del fruto de la vida, así también piensan haber carecido de todo sentido y dolor de las penas, las cuales sostenemos pesadas y asiduas en esta vida. Nosotros, en cambio, debemos ser tanto más erectos por el premio como más pacientes por el consuelo; pues no parecen perderse, sino adelantarse aquellos a quienes la muerte no ha de asumir, sino que la eternidad ha de recibir.

72. Cesarán, pues, las lágrimas: o si no pudieren cesar, te lloraré, hermano, en los lamentos comunes, y cubriré bajo el dolor público los gemidos domésticos. Pues, ¿qué podrán cesar, cuando ante todo sonido de tu nombre las lágrimas se deslizan, o cuando la costumbre misma excita el recuerdo, o cuando el afecto representa la imagen, o cuando el recuerdo renueva el dolor? ¿Cuándo faltas tú, que te haces presente con tan grandes oficios? Estás presente, digo, y siempre te derramas alrededor, y con toda el alma y la mente te abrazo, te miro, te hablo, te beso, te retengo ya sea en aquel mismo reposo nocturno o en la luz clara; cuando te dignas revisar y consolar al que se duele. Finalmente, las mismas noches, que parecían como más molestas cuando vivías, porque negaban la abundancia del mutuo aspecto;

el mismo sueño, antes inamable interruptor de nuestros coloquios, ha empezado ya a ser dulce; porque me ha devuelto a ti. No, por tanto, miserables, sino dichosos; cuya presencia no falta, ni el cuidado se disminuye, y la gracia se aumenta. Pues el sueño es como la imagen de la muerte.

Pero si en el reposo nocturno, adhiriéndose todavía a los vínculos corporales, y como ligados entre los claustros carcelarios de los miembros; pueden sin embargo las almas percibir cosas más altas y discretas: ¡cuánto más miran estas cosas cuando ya, con sentido puro y etéreo, no sufren impedimentos de mancha corpórea! Y con razón a mí, que me quejaba, ya declinando el día hacia el ocaso, de que no me revisaras en el descanso, estuviste presente todo el tiempo indiviso; de modo que bañado en aquel sopor de los miembros, mientras yo velaba por ti, tú vivías para mí, y yo decía: ¿Qué es la muerte, hermano? Pues ciertamente por ningún momento te separabas de mí; pues de tal modo estabas presente en todas partes que la abundancia de nosotros mismos que no podíamos tener en el uso de esta vida, ahora nos está siempre y en todas partes disponible. Pues entonces ciertamente no podían estar todas las cosas disponibles; ni nuestros abrazos, ni las miradas y las dulzuras de los besos corporales eran suficientes en todos los lugares y en todos los tiempos. Las imágenes de las mentes estaban siempre con nosotros, incluso cuando no estábamos juntos: las cuales ni siquiera ahora han muerto, y vuelan asiduamente, con tanta mayor abundancia cuanto con mayor deseo.

74. Te tengo, pues, hermano, ni me te arrancará ni la muerte ni el tiempo. Las mismas lágrimas son dulces, los mismos llantos son agradables, con los cuales se extingue el ardor del ánimo y el afecto, como relajado, se evapora. Pues no puedo estar sin ti, ni no acordarme nunca de ti, ni acordarme sin lágrimas. ¡Oh días amargos, que reveláis la interrumpida cópula! ¡Oh noches flebriles, que habéis perdido a tan buen consorte del reposo, y a un compañero indiviso para mí! ¡Qué cruces produciríais si no se derramara la imagen del presente, si las visiones del ánimo no representaran a quien la apariencia del cuerpo negaba!

Ya ya, hermano carísimo para mi ánimo, aunque tú hayas partido con muerte inmadura; dichoso sin embargo, que no sostienes estas cosas, ni eres compelido a dolerte del hermano perdido, a quien estando mucho tiempo ausente no podías soportar, sino que revisabas con rápido regreso. Pero si entonces te apresurabas a repeler los tedios de mi soledad, a aliviar la tristeza de la mente fraterna; ¡cuánto más ahora debes revisar el ánimo afligido y, por ti mismo, suavizar el dolor concebido por ti!

Pero a mí, sin embargo, el uso del oficio me da algunas treguas, y la intención del obsequio sacerdotal aleja el ánimo: pero ¿qué será de la santa hermana, la cual aunque temple la piedad con el temor divino, de nuevo sin embargo enciende el mismo dolor de la piedad con el estudio de la religión, postrada en tierra y abrazando con su regazo todo el túmulo, fatigada por el laborioso andar, triste en el afecto, renueva día y noche el

pesar? Pues aunque frecuentemente suspenda el llanto con el discurso, en la oración lo renueva: y aunque la memoria de las Escrituras preceda a los que siembran consuelos, compensa sin embargo el deseo de llorar con la asiduidad de orar, instaurando la abundancia de lágrimas máximamente entonces, cuando nadie pueda interrumpirla. Así, tienes de qué compadecerte: de qué reprendas, no tienes; pues llorar en la oración es de virtud. Y aunque aquello sea familiar a las vírgenes, para quienes el sexo es más blando, el afecto más tierno, rebosa en lágrimas ante la vista de la fragilidad común incluso sin el sentido del dolor doméstico; sin embargo, cuando mayor es la causa de dolerse, se excluye el fin de los pesares.

77. Falta, pues, la vía de consolar, porque abunda la gracia de excusar. Pues no podrías prohibir lo que tú mismo enseñas; especialmente cuando ella atribuye las lágrimas a la religión, no al dolor; y encubre la serie de la común deploración con el temor del pudor. Consuela, pues, tú que puedes acercarte al ánimo, penetrar la mente. Que ella te perciba presente, que sienta que no has muerto; para que ella, segura por tu mérito, habiendo cumplido con tu consuelo, aprenda a no dolerse gravemente por aquel que se ha advertido a sí mismo que no debe ser llorado.

78. Pero ¿por qué te detendré yo, hermano? ¿por qué esperaré que nuestra oración muera contigo y, por así decirlo, sea sepultada contigo? Aunque la misma apariencia y forma del cuerpo exánime suele consolar, y la gracia que permanece y la figura que perdura acaricie los ojos; nada,

digo, me detengo, procedamos al túmulo. Pero antes digo un último adiós ante el pueblo, predico la paz, suelto el beso. Precede a aquella casa común a todos y debida, pero ya para mí deseable sobre los demás. Prepara el consorcio para el huésped; y del mismo modo que aquí todas las cosas nos fueron comunes, así all  también ignoremos el derecho dividido.

79. No, ruego, difieras por mucho tiempo al que te desea, espera al que se apresura, ayuda al que corre, y si te pareciere que me detengo demasiado tiempo, ll mame. Pues nunca estuvimos más prolijamente ausentes de nosotros mismos, y sin embargo t  sol as visitarnos. Ahora, puesto que t  ya no puedes volver, nosotros iremos a ti: es justo que recompensemos el oficio, que asumamos el turno. Nunca nos fue la condición de la vida más discreta: siempre o la salud o la enfermedad fue común; de modo que cuando uno enfermaba, el otro incurría en la enfermedad: y cuando uno sanaba, ambos se levantaban.  C mo perdimos nuestro derecho? Y ahora hubo consorcio de enfermedad,  c mo no hubo consorcio de muerte?

80. A ti ahora, Dios omnipotente, encomiendo el alma inocente, a ti ofrezco mi hostia: recibe propicio y sereno el don fraterno, el sacrificio del sacerdote. Estas libaciones m as ya envío por delante, en esta prenda vengo a ti, no prenda de dinero, sino de vida; para que no me hagas residir más tiempo como deudor de tan gran interés. No es mediocre la usura del amor fraterno, ni vil la suerte de la naturaleza, que los incrementos de la

virtud acumulan. Puedo soportarlo, si pronto soy compelido a pagar.

## LIBRO SEGUNDO.

### *SOBRE LA FE DE LA RESURRECCIÓN.*

1. En el libro anterior concedimos algo al deseo, para que las medicinas más ásperas aplicadas como a una llaga ardiente no exacerbaran más de lo que calmaran el dolor: al mismo tiempo porque nos dirigimos más a menudo al hermano, y lo reteníamos con los ojos, no fue absurdo relajar por un poco el afecto de la naturaleza, que se alimenta más de lágrimas, se suaviza con llantos, se queda fijo por el estupor. Pues la especie de la forma de la piedad es blanda y tierna, nada insolente ama, nada cruel, nada duro: pero la paciencia se prueba más soportando que resistiendo.

2. Por tanto, porque hace tiempo el día de la muerte entre aspectos lacrimosos debió declinar el ánimo fraterno, porque lo poseía todo; ahora, puesto que en el séptimo día volvemos al sepulcro, día que es símbolo del futuro descanso, place derivar un poco la mente del hermano hacia la común exhortación del género humano, y transfundir la intención; de modo que ni nos quedemos fijos con todos nuestros sentidos en el hermano, no sea que se deslice el afecto: ni como exiliados de tanta piedad y gracia abandonemos a aquel a quien amamos; y verdaderamente aumentemos para nosotros mismos la injuria de tan

gran dolor, si hoy muriera para nosotros incluso en el discurso.

3. Por lo cual, nos hemos propuesto, hermanos carísimos, consolarnos por el uso común, y no considerar duro lo que a todos aguarda; y por ello que la muerte no debe ser llorada: primero, porque es común y debida a todos: después, porque nos absuelve de las penurias de este siglo: finalmente, porque bajo la especie del sueño donde se descansa del trabajo de este mundo, se nos infunde un vigor más vivaz. ¿A quién no consolaría la gracia de la resurrección? ¿qué pesar no excluiría, si crees que nada perece con la muerte; antes bien, que por la misma celeridad de la muerte se hace que no pueda perecer más? Será, pues, hermanos carísimos, que en la exhortación común, también rindamos nuestro afecto al hermano: ni parezcamos habernos desviado demasiado de él, si por la esperanza de la resurrección, y la dulzura de la gloria futura, revive hoy para nosotros incluso en el discurso.

4. Comencemos, pues, por esto, para que enseñemos que el óbito de los nuestros no debe ser llorado por nosotros. ¿Pues qué hay más absurdo que deplorar como algo especial aquello que sabes que está prescrito para todos? Esto es ensalzar el ánimo sobre su condición, no recibir la ley común, rechazar el consorcio de la naturaleza, inflarse en la mente de la carne y no conocer la medida de la propia carne. ¿Qué hay más absurdo que no saber quién eres, pretender lo que no eres? ¿O qué más imprudente que aquello que sabes que ha de ser, no puedas soportarlo cuando ha

sucedido? La naturaleza misma nos reclama, y nos aparta de tales pesares con una cierta consolación suya. ¿Pues quién hay de luto tan pesado, o de dolor tan acerbo, en el cual no se relaje a veces el ánimo? Tiene esto la naturaleza, que aunque los hombres estén en cosas tristes; sin embargo, si tan sólo son hombres, alejan por un poco la mente del pesar.

5. Se dice también que hubo ciertos pueblos que lloraban los nacimientos de los hombres y celebraban sus muertes. Y no imprudentemente; pues pensaban que debían ser llorados aquellos que habían venido a este mar de la vida: pero arbitraban que debían ser seguidos con no injusto gozo aquellos que habían emergido de las tormentas y olas de este mundo. Nosotros mismos también olvidamos los días de nacimiento de los difuntos, y aquel día en que murieron, lo renovamos con célebre solemnidad.

6. No se debe, pues, asumir un pesar pesado según la naturaleza; no sea que parezcamos arrogarnos alguna excepción más excelente de la naturaleza, o rechazar la común. Pues la muerte es igual para todos, indistinta para los pobres, sin excepción para los ricos. Y por ello, aunque por el pecado de uno, sin embargo pasó a todos (Rom. 5, 18); para que a quien no rehuimos como autor del género, no lo rehuyamos también como autor de la muerte: y sea para nosotros como por uno la muerte, así por uno también la resurrección; ni rechazamos la penuria para que lleguemos a la gracia: Pues vino, como leemos, Cristo a salvar lo que había perecido (Luc. 19, 10): y para que do-

mine no sólo sobre los vivos, sino también sobre los muertos (Rom. 14, 9). Caí en Adán, fui expulsado del paraíso en Adán, morí en Adán; ¿cómo me reclamaría, si no me encontrara en Adán, de modo que así como en él fui reo de culpa y deudor de la muerte, así en Cristo fuera justificado? Si, pues, es una deuda de la muerte, el pago debe ser tolerable. Pero este lugar ha de reservarse para las partes posteriores.

7. Ahora el propósito es asegurar que la muerte no debe ser de un pesar más grave, porque la naturaleza misma lo rechaza. Finalmente se dice que hay preceptos de los licios que mandan a los hombres vestir ropa de mujeres si se entregan al pesar; por el hecho de que juzgaron el luto en un hombre como algo blando y afeminado. Pues es deforme que aquellos que por la fe, por la religión, por la patria, por la equidad del juicio y la intención de la virtud deben ofrecer el pecho al encuentro de la muerte, se duelan más gravemente en otro de aquello que en sí mismos, si la causa lo exigiera, habría de ser buscado. ¿Pues cómo puedes no rehuir en ti lo que te duele más impacientemente que le haya sucedido a otro? Depón el pesar si puedes: enciérralo si no puedes.

8. O todo dolor ha de ser absorbido, o ha de ser reprimido. ¿Pues por qué ha de calmar tu tristeza la razón antes que el día? Lo que la serie del tiempo ha de borrar, mejor lo mitigará la prudencia. Más aún, esto mismo lo considero irreligioso hacia la memoria de aquellos mismos a quienes lloramos perdidos; que prefiramos olvidarlos que ser suavizados por el consuelo: o recordarlos con

horror antes que recordarlos con gracia: temer el recuerdo de aquellos cuya imagen debería ser para el placer: desconfiar antes que esperar de los méritos de los difuntos: y estimar como adictos a la pena antes que deudores de la inmortalidad a quienes amaste.

9. Pero dices: Perdimos a quienes amábamos. ¿No son estas cosas comunes para nosotros con el mundo mismo y los elementos; porque lo que se nos acredita por un tiempo no podemos retenerlo perpetuamente? Gime la tierra bajo los arados, es golpeada por las lluvias, sacudida por la tempestad, apretada por el frío, tostada por el sol: para que encinta para a los frutos anuales: y cuando se ha vestido de variada flor, es despojada y expoliada de su propio ornato. ¿Cuántos rapiñadores tiene esta? Ni se queja de su fruto perdido, al cual engendró para perderlo: ni para el futuro lo niega, el cual recuerda que le ha de ser quitado.

10. El cielo mismo no siempre brilla con los globos de las estrellas centelleantes, con las cuales como con ciertas coronas se distingue. No siempre blanquea con el nacimiento de la luz, ni se enrojece con los rayos del sol: sino que con asiduos turnos aquel semblantísimo del mundo crece oscuro con el húmedo horror de las noches. ¿Qué hay más grato que la luz? ¿qué más agradable que el sol? los cuales diariamente se ponen; sin embargo, que estos hayan partido no lo llevamos con molestia, porque presumimos que vuelven. Se te enseña en estos qué paciencia debes exhibir en los tuyos. Si las cosas superiores

se ponen para ti y no son para dolor; ¿por qué si se ponen las cosas humanas, han de ser lloradas?

11. Sea, sin embargo, paciente el dolor, haya en lo triste un modo, el cual se exige en lo favorable. ¿O si no conviene alegrarse inmoderadamente, conviene luto? Pues no es un mal mediocre la inmoderación del dolor, o el miedo a la muerte. A cuántos impulsó al lazo, armó para la espada; para que en aquello mismo traicionaran su demencia, no soportando la muerte y buscando la muerte: ¿y lo que rehuían como mal, lo adoptaran como remedio? Quienes, puesto que no pudieron soportar y sufrir lo que es conforme a su naturaleza, inciden en lo contrario a su deseo; de modo que se separan perpetuamente de aquellos a quienes desearon seguir. Pero estos son raros; puesto que la naturaleza misma reclama, aunque la demencia precipite.

12. Pero aquello es frecuente en las mujeres, que siembren clamores públicos, como si temieran que se ignorase su penuria: que afecten la suciedad del vestido, como si en él estuviera el sentido del dolor: que empapen de inmundicias la cabeza despeinada: que finalmente, lo que suele hacerse vulgarmente en muchísimos lugares, con el manto desgarrado y el vestido roto, prostituyan al desnudo las partes del secreto pudor, como si hicieran de alcahuetas del mismo pudor, porque perdieron los premios de su pudor. Así se provocan los ojos procaces, para que codicien, para que comiencen a amar los miembros desnudados: los cuales, si no los miraran, no los amarían. ¡Y ojalá que aquellas sucias coberturas del cuerpo

no nublaran la apariencia, sino la mente! Latet frecuentemente bajo el triste vestido la lascivia de la mente: y se encubre con el deforme horror del vestido, para que se oculten los secretos de los ánimos petulantes.

13. Suficientemente piadosa llora al marido la que guarda el pudor y no abandona la fe. Estos oficios se rinden bien a los difuntos, para que vivan en las mentes y perseveren en los afectos. No perdió al marido la que exhibe castidad: no quedó viuda del matrimonio la que no cambió el nombre del marido. Ni tú perdiste al heredero, tú que ayudas al coheredero: sino que en lugar de un sucesor de cosas corruptibles, cambiaste un consorte de las inmortales. Tienes quien te represente al heredero: paga al pobre lo que se debe al heredero; para que sea sobreviviente no sólo de la senectud materna o paterna, sino también de su propia vida. Más dejas a tu sucesor si su porción no aprovecha para el lujo de lo presente, sino para el precio de lo futuro.

14. Pero deseamos a los perdidos. Pues son dos cosas las que más angustian: o el deseo de aquellos que hubiéramos perdido, como mido por mi propio ejemplo; o porque los arbitrados privados de la suavidad de la vida, arrebatados de los frutos de su trabajo. Pues tierna es la cosquilla del amor que excita un afecto imprevisto, de modo que se deja más la facultad de calmar que de excluir el dolor: al mismo tiempo porque parece piadoso desear lo que perdiste, y la debilidad crece bajo la especie de la virtud.

15. Pero ¿por qué has de pensar que debe ser más paciente aquella que despidió al amado hacia tierras extrañas, y supo que había cruzado el mar por causa de la milicia, o por el oficio de una administración asumida, o por el uso de negociar; que tú, que no eres abandonada por un arbitrio fortuito, o por el estudio del dinero, sino por la ley de la naturaleza? Pero a ti se te cerró la esperanza de recuperarlo: como si para cualquiera fuera cierta la vuelta. Y frecuentemente las dudas fatigan más, donde el miedo al peligro es íntegro, y es más pesado temer que haya sucedido que tolerar lo que ya sabes que ha sucedido. Pues uno amontona la suma del pavor, el otro espera el fin del dolor.

16. ¿O es que los señores tienen derecho a trasladar a sus siervos a donde decretaron, y Dios no lo tiene? Pero no se dispone esperar al que vuelve; se dispone, sin embargo, seguir al que precede. Y ciertamente el uso de una vida breve no parece haber arrebatado mucho ni a aquel que precedió antes, ni diferirte mucho más a ti, que te quedas-te.

17. Pero si no pudieras mitigar tu deseo; ¿no parece, sin embargo, indigno querer que se convierta el orden de las cosas por el estudio de tu deseo? Los deseos de los amantes son ciertamente más ardientes y, sin embargo, se templan ante la vista de la necesidad: y si les duele ser abandonados, sin embargo no suelen llorar: destituidos se avergüenzan de amar más impacientemente. Así se prueba más la paciencia del deseo.

18. ¿Pero qué diré de estos que piensan que los difuntos son privados de la suavidad de la vida? Ninguna jocundidad puede haber entre estas amarguras o dolores de nuestra vida, que se generan o de la misma enfermedad del cuerpo, o de la incomodidad de los accidentes externos. Pues siempre ansiosos, y suspendidos ante los mismos deseos de cosas más alegres, fluctuamos con una cierta incertidumbre, esperando lo dudoso en lugar de lo cierto, lo incómodo en lugar de lo favorable, lo caduco en lugar de lo sólido: no teniendo nada de potestad en el arbitrio, nada de firmeza en el deseo. Pero si algo sucediera contra la voluntad, nos pensamos perdidos; y nos quebramos más por el dolor de lo adverso que gozamos del fruto de lo favorable. ¿De qué bienes carecen, pues, los que más bien son arrebatados de las incomodidades?

19. La buena salud, creo, ayuda más de lo que aflige la mala: o la opulencia deleita más de lo que la indigencia afecta: o la gracia más amable de los hijos que su lúgubre pérdida: o la juventud más agradable que la senectud más triste. Cuán frecuentemente uno se cansa de sus propios deseos y se arrepiente de lo deseado; de modo que duele lo impetrado, lo cual temía no impetrar. Pero los exilios, y las acideces de las demás penas, ¿qué patria puede compensar? ¿qué placeres? Los cuales, incluso cuando están presentes, se debilitan sin embargo, o por el afecto de no usar, o por el miedo de perder.

20. Sea así: que permanezca inofensivo, inmune de dolores, perpetuo en los placeres el curso

de la vida humana; ¿qué provecho sin embargo puede conseguir el alma incluida en los compases de tal cuerpo, y coartada por ciertas estrecheces de los miembros? Si nuestra carne huye de la cárcel, si detesta todo aquello que niega la facultad de vagar; la cual ciertamente parece salir por pequeños sentidos a oír y ver más allá de sí: ¡cuánto más nuestra alma desea escapar de este ergástulo corpóreo, la cual libre por el movimiento aéreo, no sabemos a dónde va ni de dónde viene (Juan 3, 8)!

21. Sabemos sin embargo que sobrevive al cuerpo, y que ella, ya desatados los cerrojos del propio sentido, percibe con libre mirada lo que antes, puesta en el cuerpo, no veía. Lo cual podemos estimar por el ejemplo de los que duermen (cuyos ánimos, como enterrado el cuerpo en el reposo, se elevan a lo más alto y renuncian al cuerpo) las visiones de cosas ausentes, o incluso celestiales. Por tanto, si la muerte de la carne nos absuelve de las penurias del siglo, ciertamente no es un mal la que restituye la libertad y excluye el dolor.

22. De aquí, por tanto, debemos acometer el lugar de la disputa de que la muerte no es un mal; porque es el refugio de todas las penurias y males, y la fiel estación de la seguridad, y el puerto del reposo. ¿Pues qué cosa adversa no experimentamos en esta vida? ¿Qué tormentas y tempestades no sufrimos? ¿por qué incomodidades no somos agitados? ¿a quién se le perdonan los méritos?

23. El santo patriarca Israel, prófugo de su patria, del hermano, de los padres, cambió su casa

por el exilio (Gén. 28, 5), lloró el estupro de su hija (Gén. 34, 2), la muerte de sus yernos (Gén. 49, 5), sufrió hambre, perdió su sepultura siendo difunto; pues suplicó que se trasladaran sus huesos, para que ni siquiera muerto descansara.

24. El santo José experimentó los odios de los hermanos, las insidias de los envidiosos, las obediencias de los siervos, los mandatos de los mercaderes (Gén. 37, 4 y ss.), la petulancia de la señora, la ignorancia del marido, también experimentó la penuria de la cárcel (Gén. 39, 12 y ss.).

25. El santo David perdió a dos hijos: uno incestuoso (2 Sam. 13, 29), el otro parricida (2 Sam. 18, 14). Haber tenido a estos es de vergüenza, haberlos perdido es de dolor. Perdió también a un tercero, al cual amaba, párvulo. A este, viviendo todavía, lo lloró; muerto, no lo deseó. Pues así leemos (2 Sam. 12, 18) que, estando enfermo el niño, deprecaba David al Señor por él, y ayunó, y yació en cilicio, y a los mayores que estaban presentes para que lo levantaran de la tierra, pensó que ni debía levantarse ni cenar. Pero cuando supo que el niño había muerto, se levantó de la tierra, se lavó al punto, se ungió, cambió sus vestiduras, adoró al Señor, tomó alimento (Ib. 20). Como estas cosas parecieran admirables para sus siervos, les respondió que él rectamente había ayunado y llorado mientras el infante vivía; porque rectamente arbitraba que el Señor podía compadecerse, ni debía dudarse que podía conservar la vida del viviente quien podía vivificar a los difuntos: pero ya, ocurrida la muerte, ¿por qué ayunaría el que ya no podía traer de vuelta

al muerto ni revocar al exánime? Yo, dijo, iré a él: pero él no volverá a mí (Ib. 23).

26. ¡Oh máximo consuelo del que anhela! ¡Oh verdadero juicio del sabio! ¡Oh admirable sabiduría del siervo! para que nadie lleve indignamente que le haya sucedido algo adverso, y se queje de estar afligido contra su mérito. ¿Pues quién eres tú, para pronunciarte de antemano sobre tu mérito? ¿Por qué deseas prevenir al conocedor? ¿Por qué arrebatas la sentencia al que ha de juzgar? Ni a los santos les fue permitido esto, ni por los santos fue usurpado nunca impunemente. David confiesa en su cántico que por eso fue azotado: He aquí que ellos mismos, pecadores y abundantes en el siglo, obtuvieron riquezas. Por tanto, sin causa justifiqué mi corazón, y lavé mis manos entre los inocentes: y fui azotado todo el día, y mi castigo por la mañana (Sal. 72, 12 y ss.).

27. Pedro también, aunque lleno de la fe de la devoción; sin embargo, porque aún no era consciente de nuestra debilidad, había dicho presuntuosamente al Señor: Pondré mi vida por ti (Juan 13, 37); incurrió en la tentación de la presunción antes de que el gallo cantara por tercera vez (Juan 18, 27). Aunque aquella tentación fue un documento para la salvación; para que aprendamos a no despreciar la debilidad de la carne, no sea que por despreciarla seamos tentados. Si Pedro fue tentado, ¿quién presumirá, quién afirmará que no puede ser tentado? Y sin duda Pedro fue tentado por nosotros, para que en el más fuerte no hubiera peligro de tentación: sino que en él aprendiéramos de qué modo, resistiendo

en las persecuciones, aunque fuéramos tentados por el deseo de la vida; sin embargo, venciéramos el aguijón de la tentación con las lágrimas de la paciencia.

28. Sin embargo, el mismo David, para que tal vez la diversidad de los hechos no conmueva a quien es tenaz de las Escrituras: el mismo David, digo, lloró al parricida muerto, él que no había llorado al inocente. Finalmente, cuando lloraba y se lamentaba, dijo: ¡Hijo mío Absalón, hijo mío Absalón; quién me diera a mí la muerte por ti! (2 Sam. 18, 33). No solo se llora, pues, a Absalón, se llora al parricida, se llora a Amnón (2 Sam. 13, 36). No solo se llora el incesto, sino que también se venga: uno con el desprecio del reino, otro con el exilio del hermano. Se llora al malvado, no se llora al amado. ¿Qué causa? ¿qué razón? No es, pues, mediocre la deliberación entre los prudentes, ni la confirmación para los sabios; pues hay gran constancia de prudencia en tanta diversidad de hechos, una sola fe. Y lloró a aquellos muertos, y no pensó que se debiera llorar al infante muerto; porque creía que aquellos habían perecido para él, pero esperaba que este resucitaría.

29. Pero sobre la resurrección más adelante, ahora volvamos a lo propuesto. Pues hemos adelantado que incluso los varones santos padecieron graves y muchas cosas en este mundo sin el sufragio de los méritos, con la penuria de los trabajos. De donde David, vuelto a sí mismo, dice en las partes posteriores: Acuérdate, Señor, de que somos polvo, el hombre como el heno, sus días (Sal. 102, 15); y en otro lugar: El hombre ha

sido hecho semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra (Sal. 143, 4). ¿Pues qué cosa más miserable que nosotros, que como despojados y desnudos somos arrojados a esta vida, con cuerpo frágil, corazón resbaladizo, ánimo imbecil, ansiosos por las solicitudes, ociosos para los trabajos, propensos a los placeres?

30. Por tanto, es mucho mejor no nacer, según la sentencia del santo Salomón. Pues a él mismo lo siguieron incluso aquellos que se creyeron sobresalir en la filosofía. Pues él mismo, anterior a ellos, posterior a los nuestros, habló así en el Eclesiastés: Y alabé yo a todos los difuntos que ya han muerto, más que a los vivientes, cualesquiera que viven hasta ahora. Y mejor que estos dos es el que aún no ha nacido, y el que no ha visto esta obra mala que se ha hecho bajo el sol. Y vi yo todo el trabajo, y toda la virtud de esta obra; porque la emulación del varón es del otro. Y ciertamente esto es vanidad y presunción del espíritu (Ecl. 4, 2 y ss.).

31. ¿Y quién dijo esto, sino aquel que pidió y obtuvo la sabiduría (Sab. 7, 7); para que conociera la composición del orbe de las tierras, y la virtud de los elementos, los cursos del año, y las disposiciones de las estrellas, no ignorara las naturalezas de los animales, y recogiera las iras de las fieras, la fuerza de los vientos, y aprehendiera los pensamientos de los hombres? ¿A quién, pues, no se le ocultaron las cosas celestiales, cómo se le ocultarían las mortales? El que investigó el pensamiento de la mujer que reclamaba para sí el infante ajeno (1 Rey. 3, 27), el que conoció las

naturalezas de los animales, que no había recibido, soplando sin embargo la gracia divina (Sab. 7, 20): ¿este pudo errar o mentir sobre la condición de su propia naturaleza, que experimentó en sí mismo?

32. Pero no solo él sintió esto, aunque solo él lo expresó. Había leído que el santo Job dijo: Perezca aquel día en que nací (Job 3, 3); y había conocido que nacer es el principio de todos los males: y por eso deseó que el día en que nació pereciera; para que se quitara el origen de las incomodidades: y deseó que pereciera el día de su generación; para recibir el día de la resurrección. Había oído también que Salomón dijo lo que su padre: Hazme conocer, Señor, mi fin, y el número de mis días; para que sepa qué me falta (Sal. 38, 5). Pues David sabía que lo que es perfecto no puede ser comprendido aquí, y por eso se apresuraba hacia lo que ha de venir. Pues ahora conocemos en parte, y en parte reconocemos: pero entonces aquello que es perfecto podrá ser comprendido; cuando con el rostro revelado comience a relucir para nosotros, para contemplar la majestad y la eternidad divina, no la sombra, sino la verdad (1 Cor. 13, 12).

33. Sin embargo, nadie se apresuraría hacia el fin, si no huyera de la incomodidad de esta vida. Y por eso también David expuso por qué se apresuraba hacia el fin, diciendo: He aquí que pusiste mis días antiguos, y mi modo de ser como nada ante ti: verdaderamente toda vanidad, todo hombre viviente (Sal. 38, 6). ¿Por qué, pues, demoramos en huir de la vanidad? ¿o qué nos deleita en

este siglo conturbarnos vanamente, amontonar tesoros de dinero e ignorar para qué heredero los congregamos? Pidamos que se alejen de nosotros las plagas, que seamos arrebatados del siglo insipiente, que carezcamos de peregrinación duradera, y volvamos a aquella patria y casa natural. Pues en esta tierra somos advenedizos y peregrinos (Ef. 2, 19): hay que emigrar de vuelta allá de donde descendimos: hay que pretender y suplicar no de manera superficial, sino con ahínco; para que seamos librados de los engaños y de la iniquidad de los habladores. Y aquel que conocía el remedio, sin embargo gime por su prolongada estancia, y deplora habitar con los pecadores e inicuos (Sal. 119, 5). ¿Qué haré yo, que tengo pecado e ignoro el remedio?

34. Jeremías también deplora haber sido generado con estas palabras, diciendo: ¡Ay de mí, madre! ¿por qué me pariste varón que sostiene la causa del juicio en toda la tierra? No aproveché, ni me aprovechó nadie: mi virtud desfalleció (Jer. 15, 10). Si, por tanto, los varones santos huyen de la vida, cuya vida aunque útil para nosotros, se estima sin embargo inútil para ellos mismos; ¿qué nos conviene hacer a nosotros, que ni podemos aprovechar a otros, y sentimos que esta vida, como dinero de préstamo que se agrava con un cúmulo usurario, se carga cada día con el cobre de los pecados?

35. Cada día muero, dice el Apóstol (1 Cor. 15, 31). Mejor ciertamente que aquellos que dijeron que la meditación de la muerte es filosofía: pues aquellos predicaron el estudio, este ejercitó el uso

mismo de la muerte. Y aquellos ciertamente por sí mismos: pero Pablo mismo, siendo perfecto, moría no por su propia debilidad, sino por la nuestra. ¿Pues qué es la meditación de la muerte, sino una cierta segregación del cuerpo y del alma; porque la muerte misma no se define como otra cosa que el alejamiento del cuerpo y del alma? Pero esto según la opinión común.

36. Pero según las Escrituras recibimos que la muerte es triple. Una es cuando morimos al pecado y vivimos para Dios (Rom. 6, 10). Bendita, pues, la muerte que, prófuga de la culpa y entregada al Señor, nos separa de lo mortal y nos consagra a lo inmortal. Otra muerte es el exceso de esta vida, por la cual murió el patriarca Abraham, el patriarca David, y fueron sepultados con sus padres; cuando el alma es librada del nexo del cuerpo. La tercera muerte es aquella de la que se dijo: Deja que los muertos sepulsen a sus muertos (Mat. 8, 22). En esa muerte no solo muere la carne, sino también el alma: Pues el alma que pecare, esa morirá (Ezeq. 18, 4). Pues muere para el Señor, no por la debilidad de la naturaleza, sino por la de la culpa. Pero esta muerte no es el cumplimiento de esta vida, sino el lapso del error.

37. Una, pues, es la muerte espiritual, otra la natural, la tercera la penal. Pero no la que es natural es la misma que la penal; pues no para castigo, sino para remedio dio el Señor la muerte. Finalmente, al Adán que pecaba se le prescribió una cosa para castigo, otra para remedio; para castigo, cuando se dice: Porque oíste la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te había mandado que

de él solo no comieras, maldita sea la tierra en tus obras: con tristeza comerás su fruto todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te germinará, y comerás el pasto del campo. Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado (Gén. 3, 17 y ss.).

38. Tienes treguas de las penas, porque contra las espinas de este siglo y las solicitudes del mundo, y los placeres de las riquezas, que excluyen la Palabra e incluyen la pena (Luc. 8, 12); la muerte fue dada como remedio, como si fuera el fin de los males. Pues no dijo: Porque oíste la voz de la mujer, volverás a la tierra; pues esta sería una sentencia penal, como lo es aquella: Maldita la tierra, espinas y abrojos te germinará; sino que dijo: Comerás tu pan con sudor, hasta que vuelvas a la tierra. ¿Ves que la muerte es más bien la meta de nuestras penas, por la cual se corta el curso de esta vida?

39. Por tanto, la muerte no solo no es un mal, sino que también es un bien. Finalmente, se busca como un bien, como está escrito: Buscarán los hombres la muerte y no la encontrarán (Apoc. 9, 6). Pues la buscarán aquellos que han de decir a los montes: Caed sobre nosotros, y a los collados: Cubridnos (Luc. 23, 30). La buscará también aquella alma que peca. La busca aquel rico puesto en el infierno, que quiere que se refresque su lengua con el dedo de Lázaro (Luc. 16, 24).

40. Vemos, pues, que tanto esta muerte es ganancia como la vida es pena. De donde también Pablo dice: Para mí vivir es Cristo, y morir ganancia (Fil. 1, 21). ¿Qué es Cristo, sino la muerte del

cuerpo, el espíritu de vida? Por eso moramos con Él, para que vivamos con Él. Haya un cierto uso cotidiano en nosotros, y un afecto de morir; para que por aquella segregación de las concupiscencias corpóreas, que hemos dicho, nuestra alma aprenda a extraerse, y como situada en lo alto, adonde las libidos terrenas no puedan acceder ni pegársela a sí mismas, reciba la imagen de la muerte, para que no incurra en la pena de la muerte. Pues la ley de la carne repugna a la ley de la mente, y la adjudica a la ley del error, como el Apóstol reveló, diciendo: Pues veo la ley de mi carne repugnando a la ley de mi mente, y cautivándome en la ley del pecado (Rom. 7, 23). Todos somos impugnados, todos sentimos: pero no todos somos librados. Y por eso, ¡infeliz de mí!, si no busco el remedio.

41. Pero ¿qué remedio? ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro (ibíd., 24, 25). Tenemos médico, sigamos el remedio. Nuestro remedio es la gracia de Cristo, y el cuerpo de la muerte es nuestro cuerpo. Por tanto, seamos peregrinos del cuerpo, para no ser peregrinos de Cristo: aunque estemos en el cuerpo, sin embargo no sigamos lo que es del cuerpo, ni desertemos las leyes de la naturaleza, sino prefiramos los dones de la gracia: Pues disolverse y estar con Cristo es mucho mejor: pero permanecer en la carne es más necesario por vosotros (Fil. 1, 23, 24).

42. Pero no para todos es necesario, Señor Jesús: no para mí, que a nadie soy útil; pues para mí es ganancia morir, para no pecar más. Para mí

es ganancia morir, yo que por el mismo libro con que consuelo a otros, soy impulsado como por un monitor más vehemente al deseo del hermano perdido; porque no me permite olvidarlo. Ahora amo más, y con más vehemencia anhelo. Anhelo cuando hablo, anhelo cuando vuelvo a leer; y por eso pienso que esto debe escribirse más bien, para que en ningún momento sea arrancado de su recuerdo. Lo cual no hago contra las Escrituras, sino que lo siento con las Escrituras; para que me duela más pacientemente, y anhele con más impaciencia.

43. Me has prestado, hermano, el no temer la muerte, y ojalá muera mi alma en tu alma; pues esto se desea para sí Balaam como el máximo bien, habiendo recibido el Espíritu de profecía: Muera, dijo, mi alma en las almas de los justos, y sea mi descendencia como la descendencia de ellos (Núm. 23, 10). Y verdaderamente esto lo desea según la profecía; pues el que había visto el nacimiento de Cristo, vio su acto triunfal, vio la muerte, vio en Él la perenne resurrección de los hombres; y por eso no teme morir el que ha de resucitar. No muera, pues, mi alma en el pecado, ni reciba el pecado en sí: sino muera en el alma del justo: para que reciba su equidad. Finalmente, el que muere en Cristo, se hace partícipe de su gracia en el lavacro.

44. No es, pues, formidable la muerte, ni amarga para los necesitados, ni más pesada para los ricos, ni injusta para los ancianos, ni cobarde para los fuertes, ni perpetua para los fieles, ni imprevisita para los sabios. ¿Pues cuántos consagraron

su vida solo con el título de la muerte, a cuántos les avergonzó vivir y les aprovechó morir? Por la muerte de uno solo hemos recibido mayormente a los máximos pueblos librados: por la muerte de un emperador fueron puestos en fuga los ejércitos de los enemigos, a los que vivo no hubiera podido vencer.

45. Por la muerte de los mártires la religión fue defendida, acumulada la fe, fortalecida la Iglesia: vencieron los muertos, vencidos fueron los perseguidores. Por tanto, de aquellos cuya vida no conocemos, celebramos su muerte. De donde también David proféticamente se glorió en el exceso de su mente: Preciosa, dijo, en la presencia del Señor es la muerte de sus santos (Sal. 116, 15). Prefirió anteponer la muerte que la vida. La misma muerte de los mártires es el premio de la vida. Por la muerte también se disuelven los odios de los enemigos.

46. ¿Qué más? Por la muerte de uno solo el mundo fue redimido. Pues Cristo pudo no morir, si hubiera querido: pero ni pensó que se debía huir de la muerte como si fuera cobarde, ni nos hubiera salvado mejor que muriendo. Por tanto, su muerte es la vida de todos. Con su muerte somos marcados, su muerte anunciamos orando, su muerte predicamos ofreciendo: su muerte es victoria, su muerte es sacramento, su muerte es la solemnidad anual del mundo. ¿Qué más diremos de su muerte, cuando probamos con el ejemplo divino que solo la muerte buscó la inmortalidad, y la muerte misma se redimió a sí misma? No debe, pues, lamentarse la muerte, que es causa de

la salvación pública: no debe huirse de la muerte, que el Hijo de Dios no desdeñó ni rehusó. No debe disolverse el orden de la naturaleza; pues lo que es común a todos, no puede ser exceptuado en los individuos.

47. Y ciertamente la muerte no estaba en la naturaleza, sino que se convirtió en naturaleza; pues desde el principio Dios no instituyó la muerte, sino que la dio como remedio. Y consideremos no sea que parezca ser contrario. Pues si la muerte es buena, ¿por qué está escrito que Dios no hizo la muerte: sino que por la malicia de los hombres la muerte entró en el orbe de las tierras? (Sab. 1, 13; 2, 24). Pues en verdad la muerte no fue necesaria para la obra divina, cuando a los puestos en el paraíso les afluía un éxito continuo de todos los bienes; pero condenada por la prevaricación al trabajo diario, y con gemido intolerable, la vida de los hombres comenzó a ser miserable: y debió darse un fin a los males, para que la muerte restituyera lo que la vida había perdido. Pues la inmortalidad es más bien para carga que para uso, si no aspira la gracia.

48. Y si lo discutes bien, esta muerte no es de la naturaleza, sino de la malicia; pues la naturaleza permanece, la malicia muere. Resucita lo que fue: ¡y ojalá que así como ya es libre de pecar, así esté vacío de la culpa anterior! Pero esto mismo es indicio de que la muerte no es de la naturaleza, porque seremos los mismos que fuimos. Por tanto, o pagaremos los suplicios de nuestros pecados, o conseguiremos la gracia de las cosas bien hechas. Pues resucitará la misma naturaleza, ya

más honrada por los estipendios de la muerte. Finalmente, los muertos que están en Cristo resucitarán primero: después también nosotros los que vivimos, dijo, junto con ellos seremos arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo en el aire; y así siempre estaremos con el Señor (1 Tes. 4, 15, 16). Aquellos primero, los vivientes después. Aquellos con Jesús, los vivientes por Jesús. Para aquellos la vida es más dulce después del descanso: para los vivientes, aunque hay compendios gratos, sin embargo los remedios son desconocidos.

49. No hay, pues, nada que temamos en la muerte, nada por lo que debemos dolernos; sea que la vida, que fue recibida, se devuelva a la naturaleza que la reclama: o se emplee en un oficio demandante, en el que está el culto de la religión o el uso de la virtud. Pues nadie deseó para sí permanecer así. A Juan se estimó que se le había prometido, pero no se creyó. Mantenemos las palabras, derivamos la sentencia. Él mismo en el libro niega que se le hubiera prometido que no moriría; para que una vana esperanza no asaltara a nadie con el ejemplo. Pues si desear eso es una esperanza insolente, ¿cuánto más insolente es dolerse fuera de medida por aquello que no ha sucedido fuera de medida?

50. Los varones gentiles mayormente se consuelan, o por la comunidad de la penuria, o por la ley de la naturaleza, o por la inmortalidad del alma. ¡Ojalá su discurso fuera consistente, y no transfundieran el alma miserable en varias burlas y formas de portentos! ¿Qué, pues, nos conviene

hacer a nosotros, cuyo estipendio es la resurrección? Cuya gracia, puesto que la mayoría no puede negarla, rehúsan la fe. Y por eso, establezcámosla no con algún único argumento, sino de muchos modos, como podamos.

51. Y ciertamente todas las cosas se creen o por el uso, o por la razón, o por el ejemplo, o porque sea decoroso que sean, por eso son; y cada una sufraga para la fe. El uso, porque somos movidos; la razón, porque lo que mueve, conviene que sea estimado de otra virtud; el ejemplo, porque el campo generó frutos, y por eso presumimos que ha de generar; el decoro, porque incluso donde no pensamos que haya fruto, creemos sin embargo que conviene, para que de ningún modo desertemos las obras de la virtud.

52. Las cosas singulares, pues, se establecen para las singulares. Sin embargo, la fe de la resurrección se colige más evidentemente por tres cosas, por las cuales todo se comprende: por la razón, por el ejemplo del universo, por el testimonio del hecho realizado; porque muchísimos resucitaron. La razón es evidente; porque como todo el uso de nuestra vida está en el consorcio del cuerpo y del alma, y la resurrección o tiene el premio del buen acto, o la pena del malvado; es necesario que el cuerpo resucite, cuyo acto se pondera. ¿Pues cómo será llamada a juicio el alma sin el cuerpo, cuando de su propia compañía y la del cuerpo deba darse razón?

53. La resurrección ha sido atribuida a todos; pero por eso se cree difícilmente, porque no es nuestro mérito, sino don de Dios. Por tanto, la

primera fe de la resurrección es el uso del mundo, y el estado de todas las cosas, la serie de las generaciones, las mudanzas de las sucesiones, el ocaso y el orto de los signos, el ocaso del día y de la noche, y su diaria sucesión como revivida. Tampoco podría subyacer de otro modo la razón del temperamento genital de esta tierra, si la disposición divina no reparara con el rocío nocturno tanto de aquel humor mismo por el que se generan todas las cosas terrenas, cuanto el calor del sol diurno seca. ¿Pues qué diré de los frutos? ¿No te parece que mueren cuando caen, y que resucitan cuando reverdecen? Lo que ha sido sembrado resucita, lo que ha muerto resucita; y se reforma en los mismos géneros, en las mismas especies. Estos frutos dio primero la tierra, en estos primero nuestra naturaleza imitó la especie de la resurrección.

54. ¿Por qué dudas que del cuerpo resucite el cuerpo? Se siembra el grano, resucita el grano; cae la manzana, resucita la manzana; pero el grano se viste de flor y se reviste de vaina: Y conviene que esto mortal se vista de inmortalidad, y esto corruptible se vista de incorrupción (1 Cor. 15, 53). La flor de la resurrección es la inmortalidad, la flor de la resurrección es la incorrupción. ¿Pues qué hay más abundante que el reposo perpetuo? ¿qué más rico que la seguridad duradera? Este es el fruto múltiple, con cuyo producto brota más fecunda la naturaleza de los hombres después de la muerte.

55. Pero te maravillas de cómo lo putrefacto se solidifica, lo disperso se une, lo consumido se repara; y no te maravillas de cómo las semi-

llas, disueltas por el vapor y la compresión de la tierra, reverdecen. Pues ciertamente también ellas, disueltas por la putrefacción en el consorcio terreno, cuando el jugo del suelo genital ha animado a las que estaban oscurecidas y muertas, exhalan con cierto calor vital un cierto espíritu de hierba reverdeciente. Después, poco a poco, eleva la tierna edad de la espiga adolescente con el tallo, y la naturaleza, como madre diligente, la incluye en ciertas vainas; para que el hielo áspero no queme a la que está brotando, y la defienda del calor excesivo del sol: al fruto mismo también, cuando todavía está como rompiendo de sus primeras cunas, pronto cuando es adulto la naturaleza suele cercarlo con una valla de aristas para que la lluvia no lo derribe, ni el aura lo disperse, ni la mordedura de las aves menores lo destruya.

56. ¿Por qué, pues, te maravillas de que la tierra restituya a los hombres que ha recibido, cuando vivifica, eleva, viste, mune y defiende cualesquiera cuerpos de semillas que ha recibido? Deja, pues, de dudar que la fidelidad de la tierra devuelve el depósito del género humano, ella que restituye las semillas que se le encomendaron multiplicadas con un cierto interés usurario. ¿Pues qué diré de los géneros de árboles, que surgen de la semilla puesta, y resucitan los frutos resueltos con una fecundidad revivida, y los devuelven a su antigua forma e imagen, y ciertos cuerpos de árboles reparados transmiten muchas edades, de modo que ellos mismos, durando, vencen a los siglos? Vemos pudrirse el grano de uva, y resurgir la vid; se injerta un vástago, y el

árbol renace. ¿Acaso hay divina providencia sobre la reparación de los árboles, y ninguna preocupación por los hombres? Y el que no permitió que perecieran las cosas que dio para el uso de los hombres, ¿permitirá que perezca el hombre, a quien hizo a su imagen?

57. Pero te parece increíble que los muertos revivan: ¡Insensato!, lo que tú siembras, ¿no muere primero para que sea vivificado? (ibíd., 36). Siembra cualquier fruto seco, se resucita. Pero tiene jugo. Y nuestro cuerpo tiene su sangre, tiene su humor. Este es el jugo de nuestro cuerpo. Por lo cual también considero explotado aquello que algunos niegan, que un vástago seco reviva, y se esfuerzan por derivar eso en perjuicio de la carne. Pues la carne no es árida, ya que toda carne procede del limo, el limo del humor, el humor de las tierras. Finalmente, muchos seres nacen aunque haya una serenidad constante en suelo árido y arenoso, porque la tierra misma se basta el humor para sí. ¿Acaso, pues, la tierra degenera en los hombres, ella que suele regenerar todas las cosas? De donde queda claro que no debe dudarse de lo que es más según la naturaleza que contra la naturaleza; pues de la naturaleza procede que resuciten todas las cosas que nacen, contra la naturaleza es perecer.

58. Sigue aquello que mayormente perturba a los gentiles: cómo puede ser que a los que el mar absorbió, las fieras despedazaron, las bestias devoraron, la tierra los restituya. A esto es necesario que se llegue por fin, para que no se dude de la fe de la resurrección, sino de una parte.

Pues sea que los cuerpos de los despedazados no resuciten, resucitan los demás: ni la resurrección se destruye si se exceptúa una condición. Me maravillo, sin embargo, de por qué piensen que debe dudarse incluso de estos, como si todas las cosas que proceden de las tierras no volvieran a la tierra y en tierra se resolvieran (Ecl. 3, 20). El mar también mismo, cualesquiera cuerpos humanos que haya sumergido, la onda los escupe mayormente en las playas vecinas. Si esto no fuera así, sería difícil, creo, para Dios conectar lo disperso, asociar lo disipado; a quien el mundo obedece, los mudos elementos sirven, la naturaleza sirve: ¿como si no fuera de mayor milagro animar el limo que unirlo?

59. Un ave en la región de Arabia, cuyo nombre es fénix, reparable por el humor revivido de su propia carne, cuando ha muerto, vuelve a la vida; ¿creemos que solo los hombres no son resucitados? Y sin embargo, hemos conocido esto por frecuente relato y por la autoridad de las escrituras, que la mencionada ave tiene prescritos espacios de quinientos años de uso vital; y cuando ha conocido por una cierta estimación presaga de su naturaleza que el fin de la vida le está cercano, se prepara una caja de incienso y mirra y otros olores, y completada la obra al igual que el tiempo, entra allí y muere: de cuyo humor surge un gusano, y poco a poco crece hasta la figura de la misma ave, y se forma su uso, y apoyada en el remo de sus plumas, comienza los oficios de la vida renovada por un deber de piedad. Pues aquella caja, o túmulo del cuerpo, o cuna del que

resurge, en la que desfalleciendo cae, y cayendo resurge, la transporta desde Etiopía hasta Liconia: y así, por la resurrección de esta ave, los habitantes de los lugares entienden completado el tiempo de quinientos años. Por tanto, para esta ave es el quingentésimo año de resurrección, para nosotros el milésimo: para ella en este siglo, para nosotros en la consumación del mundo. Muchos opinan también que esta ave se enciende ella misma una pira, y de nuevo revive de sus pavesas y cenizas.

60. Pero tal vez una naturaleza más discreta parezca aportar también una discreción de la fe: vuelva nuestra mente al origen y principio de procrear al hombre. Varones sois, mujeres sois; lo que es humano no lo ignoráis: y si algunos lo ignoráis, pensáis que es de la nada que nacemos. ¿De cuán pequeño cuánto surgimos! Y si no lo expresamos, entendéis sin embargo qué queremos, o más bien qué no queremos decir. ¿De dónde esta cabeza, y este rostro admirable, cuyo artífice no vemos, vemos la obra, se forma para varios oficios y usos? ¿De dónde la forma más erecta, el estado más excelso, la fuerza de hacer, la vivacidad de sentir, la facultad de caminar? Desconocidos ciertamente nos son los órganos de la naturaleza, pero conocidos los ministerios. Y tú fuiste semilla, y tu cuerpo es semilla del que ha de resucitar. Escucha a Pablo, y aprende que eres semilla: Se siembra en corrupción, resurgirá en incorrupción; se siembra en ignominia, resurgirá en gloria; se siembra en debilidad, resurgirá en virtud; se siembra cuerpo animal, resurgirá cuerpo espiritual (1 Cor. 15, 42

y ss.). Y tú, por tanto, eres sembrado como lo demás, ¿qué te maravillas si resurgieras como lo demás? Pero aquellas cosas las crees porque las ves; estas no las crees porque no las ves: Bienaventurados los que no vieron y creyeron (Juan 20, 29).

61. Sin embargo, antes de que llegue el tiempo, ni aquellas cosas se creen; pues no todo tiempo es acomodado para resucitar las semillas. En un tiempo se siembra el trigo, en otro nace; en otro se injerta la vid, en otro los sarmientos que brotan crecen, el pámpano se hace exuberante, se forma la uva; en otro se planta el olivo, en otro como pesada en el vientre y cargada con la prole de bayas, se curva por la abundancia de su fruto. Pero antes de que llegue para cada uno su propio tiempo, el feto es más restringido: ni tiene ella misma que genera la edad de la generación en el poder de generar. Ahora podrías ver a la madre misma de todos informe por el sitio, ahora desnuda de prole, ahora verdeante por las flores, ahora seca. La cual ciertamente querría vestirse en todos los tiempos, y nunca dejar las vestiduras doradas de las mieses o las verdeantes de los prados: ella misma necesitada de sí, y sin dote por los compendios de sus frutos, que ha transfundido en otros.

62. Por tanto, aunque no creas nuestra resurrección por la fe, ni la creas por el ejemplo, por el uso la vas a creer. Y para otros frutos ciertamente, como para la vid, el olivo y diversas manzanas, la edad extrema del año es hábil para madurar: para nosotros también la consumación del mun-

do, como el fin extremo del año, ha prescrito una edad acomodada para resurgir. Y bien en la consumación del mundo es la resurrección de los muertos; para que después de la resurrección no tuviéramos que recaer en este mundo malo. Pues para eso padeció Cristo, para librarnos de este siglo malo; no fuera que de nuevo los tentamentos de este siglo nos subvirtieran y fuera un obstáculo renacer, si renaciéramos para la culpa.

63. Tenemos, pues, tanto la razón de la resurrección como el tiempo: la razón, porque en todos sus fetos la naturaleza responde por igual, ni degenera solo en la sucesión de los hombres; el tiempo, porque todas las cosas se generan al fin del año. Los tiempos del mundo son un solo año. ¿And qué de extraño tiene si es un solo año, cuando es un solo día? Pues en un solo día el Señor condujo a los operarios a la viña, diciendo: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? (Mat. 20, 6).

64. Las causas de los orígenes son las semillas. El Doctor de las gentes afirmó que el cuerpo humano es semilla (1 Cor. 15, 42). Hay, pues, sustancia de resurgir, cuando hay serie de sembrar. Que si no hubiera sustancia o causa, ¿alguien pensaría que es difícil para Dios regenerar a los hombres de donde quisiera, o como quisiera, Él que mandó que el mundo fuera de ninguna materia, de ninguna sustancia, y fue hecho? Mira al cielo, observa la tierra. ¿De dónde los fuegos de las estrellas? ¿de dónde el orbe del sol y sus rayos? ¿de dónde el globo de la luna? ¿de dónde las cumbres de los montes, la dureza de las rocas, lo

boscoso de las selvas? ¿de dónde o el aire difundido, o las aguas infundidas o superinfundidas? Pero si Dios hizo todas estas cosas de la nada (pues Él mismo (Sal. 148, 5) dijo y fueron hechas: Él mandó y fueron creadas), ¿por qué nos maravillamos de que pueda renacer lo que fue, cuando vemos que ha nacido lo que no fue?

Es de maravillar que, aunque no creen en la resurrección, sin embargo, para que no perezca el género humano, proveen con una cierta clemente benignidad; y por eso dicen que las almas pasan y emigran a cuerpos, para que el mundo no perezca. Pero digan ellos mismos qué es más difícil: que las almas pasen o que regresen; reclamar lo propio o buscar lo nuevo.

Pero duden aquellos que no han aprendido; para nosotros, en cambio, que leemos la Ley, los profetas, los apóstoles, el Evangelio, no es lícito dudar. ¿Pues quién dudaría cuando lee: Y en aquel tiempo se salvará todo tu pueblo, que está escrito en el libro; y muchos de los que duermen en los fosos de la tierra, en una sola apertura surgirán, estos para la vida eterna, y aquellos para el oprobio y para la confusión perpetua; y los inteligentes brillarán como el esplendor del firmamento, y de los justos muchos como estrellas por los siglos (Dan. 12, 1 y ss.)? Bien, por tanto, dijo el descanso de los que duermen, para que entiendas que la muerte no es perpetua, la cual se inicia por un tiempo a modo de sueño, y por un tiempo se excluye; y mostró un mejor progreso de aquella vida que ha de ser después de la muerte, que de la que antes de la muerte se pasa con luto

y dolor. Puesto que aquella se compara con las estrellas, esta se adjudica a la penuria.

¿Pues para qué he de entretener aquellas cosas que en otro lugar están escritas: Me suscitarás y te confesaré? ¿Qué también aquello, que el santo Job, habiendo experimentado las injurias de esta vida, y superando todas las cosas adversas con la paciencia de la virtud, se prometió a sí mismo la compensación de los males presentes por la resurrección diciendo: Suscitarás este cuerpo mío, que ha padecido muchos males (Job 19, 26)? Isaías también, anunciando la resurrección a los pueblos, dijo que era nuncio de la respuesta del Señor; pues así tienes: Pues la boca del Señor ha hablado, y dirán en aquel día (Is. 25, 8). Qué cosa, pues, haya hablado la boca del Señor que los pueblos han de decir, se declara en lo posterior, donde está escrito: Por tu temor, Señor, en el vientre concebimos y parimos el espíritu de tu salvación, que derramaste sobre la tierra. Caerán los que habitan la tierra, resucitarán los que están en los monumentos (Is. 26, 18); pues el rocío que procede de ti es salud para ellos, pero la tierra de los impíos perecerá. Camina, pueblo mío, y entra en tus aposentos. Escóndete un poquito, hasta que pase la ira de Dios.

78. El muerto, pues, oyó, y salió fuera del monumento, ligado de pies y manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario (Jn. 11, 44). Comprende, si puedes, de qué modo con los ojos cerrados emprende el camino, con los pies atados dirige el paso, con un andar inseparable y un progreso separable. Permanecían los

vínculos, pero no lo retenían: se cubrían los ojos, pero veían. Veía, en fin, el que resurgía, el que caminaba, el que abandonaba el sepulcro. Pues obrando la virtud del precepto divino, la naturaleza no requería su propio oficio; y como puesta en un éxtasis, ya no servía a su propio orden, sino al mandato divino. Se rompían los vínculos de la muerte antes que los de la sepultura: se realizaba el andar antes de que se preparara.

79. Si te maravillas de estas cosas, aprende quién lo ordenó, para que dejes de maravillarte. Jesucristo es la virtud de Dios; vida, luz, resurrección de los muertos: la virtud levantó al que yacía, la vida sacó el paso, la luz ahuyentó las tinieblas, reparó la visión, la resurrección reformó la gracia de vivir.

80. Quizá mueva el que los judíos quiten la piedra, los judíos desaten las vendas; no sea que tú también estés solícito por quién quitará la piedra de tu monumento (Jn. 11, 41). Como si en verdad aquel que podía infundir de nuevo el espíritu, no pudiera remover la piedra: o romper los vínculos, quien había hecho caminar al atado: o descubrir el rostro, quien había infundido luz en los ojos cubiertos: o hendir la peña, quien podía reformar la naturaleza. Pero para que creyeran al menos a sus ojos los que no querían creer con la mente, remueven la piedra, ven el cadáver, sienten el hedor, rompen las vendas. No pueden negar al muerto, a quien contemplan resurgiendo, ven los signos de la muerte y los dones de la vida. ¿Qué si mientras se esfuerzan, por el mismo trabajo son enmendados? ¿qué si

mientras oyen, creen al menos a sus oídos? ¿qué si mientras miran, se corrigen al menos por sus ojos? ¿qué si mientras rompen los vínculos, desatan sus propias mentes? ¿qué si mientras Lázaro es desnudado, el pueblo es liberado? ¿mientras permiten que Lázaro se vaya, ellos mismos vuelven al Señor? Finalmente, muchos que habían venido a María, viendo las cosas que se hicieron, creyeron (Jn. 11, 45).

81. Ni solo este ejemplo dio nuestro Señor Jesucristo; sino que resucitó también a otros, para que nosotros creyéramos al menos por ejemplos más abundantes. Resucitó al joven, inclinado por el llanto de la madre viuda, cuando se acercó y tocó el féretro, diciendo: Joven, a ti te digo, levántate: y se sentó el que estaba muerto, y comenzó a hablar (Lc. 7, 14). Al instante que oyó, al instante se sentó, al instante habló. Hubo, pues, otra gracia de la virtud, otro orden de la naturaleza.

82. Pues ¿qué diré de la hija del jefe de la sinagoga, en cuyo óbito lloraban las turbas, y los flautistas resonaban? Pues en verdad para la fe de la muerte se exhibe la pompa del funeral. Cuán pronto a la voz del Señor se vuelve el espíritu, el cuerpo redivivo se yergue, se toma alimento; para que el testimonio de la vida fuera creído.

83. ¿Y qué nos maravillamos de que a la voz de Dios se infunda el alma, vuelvan las vísceras a los huesos; cuando recordamos que por el tacto de un cuerpo profético fue suscitado un muerto (4 Rey. 13, 21)? Elías oró, y resucitó al niño muerto (3 Rey. 17, 22): Pedro en nombre de Cristo mandó a Tabita levantarse y caminar, y los pobres, felici-

tándose de que les fuera devuelta, creyeron por los alimentos (Hech. 9, 40); ¿y nosotros todavía no creemos por la salvación? Ellos redimieron una resurrección ajena con sus lágrimas, ¿y nosotros no creemos la nuestra ni por la pasión de Cristo? Quien, al emitir el espíritu, para mostrar que había muerto por nuestra resurrección, ejerció la serie misma de la resurrección; pues al mismo tiempo que, clamando de nuevo con gran voz, emitió el espíritu; la tierra se movió, y las piedras se partieron, y los monumentos se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que dormían resucitaron, y saliendo del monumento después de su resurrección vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos (Mt. 27, 51, 52).

84. Si estas cosas se hicieron cuando emitía el espíritu, ¿por qué las juzgamos increíbles cuando comience a volver para el juicio? especialmente siendo esta resurrección documento de aquella resurrección, y ejemplo de la verdad futura; pero es menos el ejemplo que la verdad. ¿Quién, pues, en la pasión del Señor abrió los monumentos, dio la mano a los que resurgían, mostró el camino por el cual buscaran la ciudad santa? si nadie hubo, fue ciertamente la fuerza divina la que obraba en los cuerpos de los muertos. ¿Tú buscas el auxilio del hombre, donde contemplas la obra de Dios?

85. No necesitan las cosas divinas de los ministerios humanos. Dios mandó que se hiciera el cielo, y fue hecho; decretó que la tierra se creara, y fue creada (Gén. 1, 6 y sigs.). ¿Quién llevó las piedras sobre sus hombros? ¿quién juntó los gastos? ¿quién suministró su propia obra a Dios

mientras trabajaba? En un momento se hicieron estas cosas. ¿Quieres saber en cuán breve? Habló, y fueron hechas (Sal. 148, 5). Si por la palabra los elementos surgen, ¿por qué por la palabra los muertos no han de resurgir? Quienes, aunque estén muertos, sin embargo alguna vez vivieron, tuvieron espíritu de sentir, tuvieron fuerzas de actuar; y mucho importa no haber sido capaz de alma, y haber permanecido inánime. El diablo dijo: Di a esta piedra que se convierta en pan (Lc. 4, 3). Confiesa que, por mandato de Dios, puede convertirse la naturaleza; ¿tú no crees que, por mandato de Dios, puede reformarse la naturaleza?

86. Sobre el curso del sol y la razón del cielo disputan los filósofos, y hay quienes piensan que se debe creer a estos; cuando ignoran qué hablan. Pues ni ascendieron al cielo, ni midieron el eje, ni escudriñaron el mundo con sus ojos; porque ninguno de ellos estuvo con Dios en el principio, ninguno de ellos dijo de Dios: Cuando preparaba el cielo, con él estaba, y estaba con él componiendo, yo era de quien se alegraba (Prov. 8, 27. 30). Si, pues, a ellos se les cree, ¿no se cree a Dios, que dice: Del mismo modo que el cielo nuevo y la tierra nueva, que yo hago permanecer ante mí, dice el Señor, así estará vuestro nombre y vuestra simiente; y será mes tras mes, y sábado tras sábado; y vendrá toda carne a mi presencia, para que adoren en Jerusalén, dice el Señor Dios; y saldrán y verán los miembros de los hombres que prevaricaron contra mí. Pues el gusano de ellos

no morirá, y su fuego no se extinguirá, y serán espectáculo para toda carne (Is. 66, 22 y sigs.).

87. Si la tierra se renueva y el cielo, ¿por qué dudaríamos que el hombre pueda renovarse, por quien la tierra fue hecha y el cielo? Si el prevaricador se guarda para la pena, ¿por qué el justo no se perpetúa para la gloria? Si el gusano de los pecadores no muere, ¿de qué modo perecerá la carne de los justos? Pues esta es la resurrección, según el sonido de la palabra misma expresa; que lo que cayó, esto resurja; lo que estuvo muerto, reviva.

88. Y esta es la serie y causa de la justicia, que puesto que el acto del cuerpo y del alma es común (porque lo que el alma pensó, el cuerpo lo ejecutó) ambos vengan a juicio, ambos sean entregados a la pena, o reservados para la gloria. Pues casi parece absurdo que cuando la ley de la carne impugna la ley del alma, y la mente la mayoría de las veces hace lo que odia, cuando el pecado que habita en el hombre obra en la carne; el alma sea sometida a la injuria ajena, reo de la culpa, y la carne, autora de la penuria, goce de quietud; y solo sea desgastado el que no solo erró; o solo reporte la gloria el que no solo militó por la gracia.

89. Plena, si no me equivoco, y justa es la razón; pero yo no exijo la razón a Cristo. Si soy convencido por la razón, rehúso la fe. Creyó Abraham a Dios (Gén. 15, 6), y creamos también nosotros; para que quienes somos herederos del género, lo seamos también de la fe. Creyó también David, por lo cual también habló (Sal. 115, 10); y creamos nosotros, para que podamos hablar, sabiendo

que quien resucitó al Señor Jesucristo, también a nosotros con Jesús nos resucitará (2 Cor. 4, 14). Pues esto prometió el que nunca miente, Dios (Tit. 1, 2); esto prometió la Verdad en su Evangelio, diciendo: Esta es, pues, la voluntad de aquel que me envió, que de todo lo que me dio, no pierda nada; sino que lo resucite en el último día (Jn. 6, 39). Ni consideró suficiente haberlo dicho una vez, sino que también lo selló con repetida expresión; pues así sigue: Esta es, pues, la voluntad de mi Padre, que me envió, que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día (Ibid., 40).

90. ¿Quién dice esto? Ciertamente aquel que, estando muerto, resucitó muchísimos cuerpos de difuntos. Si no creemos a Dios, ¿ni siquiera al ejemplo creemos? ¿No creemos lo que prometió, cuando incluso lo que no prometió, lo hizo? Pero él mismo ¿qué causa de morir hubiera tenido, si no hubiera tenido también causa de resurgir? Pues puesto que Dios no podía morir, no podía morir la Sabiduría; y resurgir no podía lo que muerto no estaba; se asume la carne, que pudiera morir; para que mientras muere lo que es usual, lo que muerto había estado, esto resurgiera. Pues no podía haber resurrección sino por el hombre; puesto que así como por el hombre la muerte, así también por el hombre la resurrección de los muertos (1 Cor. 15, 21).

91. Por tanto, resurgió el hombre, puesto que el hombre murió; resucitado el hombre, pero resucitando Dios. Entonces según la carne hombre, ahora por todas las cosas Dios; pues ahora según

la carne ya no conocemos a Cristo, sino que tenemos la gracia de la carne; para que a él mismo lo conozcamos como primicias de los que duermen, el primogénito de entre los muertos. Las primicias ciertamente son del mismo género y naturaleza de la cual son también los demás frutos para cuyo más alegre provecho se ofrecen a Dios los dones primitivos, don sagrado por todos, y como unas ciertas primicias de la naturaleza reparada. Primicias, pues, de los que duermen es Cristo. ¿Acaso de sus durmientes, que como exentos de la muerte sean retenidos por un cierto dulce sopor, o de todos los muertos? Pero así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Cor. 15, 22). Así pues, como las primicias de la muerte en Adán, así también las primicias de la resurrección en Cristo.

92. Todos resurgen, pero nadie desespere, ni el justo se duela del consorcio común de resurgir; cuando espera el fruto principal de la virtud. Todos ciertamente resurgirán, pero cada uno, como dice el Apóstol, en su orden (Ibid., 23). Común es el fruto de la clemencia divina, pero distinto el orden de los méritos. El día para todos luce, el sol a todos los pueblos fomenta, la lluvia fecunda las posesiones de todos con un riego más abundante.

93. Todos nacemos, todos resurgiremos; pero en uno y otro la gracia de vivir, o de revivir, es dispar, diversa la condición. Pues en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la última trompeta los muertos resurgirán incorruptos, y nosotros seremos mudados (Ibid., 52). Más aún, en la muerte misma descansan unos, viven otros.

Bueno es el descanso, pero mejor la vida. Finalmente, Pablo excita a la vida al que descansa, diciendo: Surge, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Ef. 5, 14). Por tanto, aquí es excitado para que viva, para que sea semejante a Pablo, para que pueda decir: Porque nosotros los que vivimos, no precederemos a los que durmieron (1 Tes. 4, 15). Pues no habla de este uso común de vivir, y del comercio de respirar, sino del mérito de resurgir. Pues habiendo dicho: Y los muertos que están en Cristo resurgirán primero (Ibid., 16); añadió después: Y nosotros los que vivimos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro de Cristo en el aire.

94. Ciertamente murió Pablo, y por una pasión venerable conmutó la vida del cuerpo por la gloria inmortal: ¿acaso engañó entonces el que escribió que él, viviendo, había de ser arrebatado en las nubes al encuentro de Cristo? Pues esto leemos de Enoc (Gén. 5, 24), o de Elías (4 Rey. 2, 11); pero tú también serás arrebatado en el espíritu. He aquí el carro de Elías, he aquí los fuegos, aunque no se vean, se preparan; para que el justo ascienda, el inocente sea trasladado, y tu vida no sepa morir. Finalmente, los apóstoles no supieron morir; de donde también se dijo: Amén, amén os digo, muchos de estos que están aquí no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre viniendo en su reino (Mt. 16, 28). Vive, pues, el que no tiene qué muera en él, el que no tiene de Egipto calzado alguno o vínculo; sino que se despoja de ello antes de deponer el oficio

de este cuerpo. No solo Enoc, por tanto, vive, porque no solo él fue arrebatado: es arrebatado también Pablo al encuentro de Cristo.

95. Viven también los patriarcas; ni de otro modo se diría Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, si los muertos no vivieran; pues Dios no es de muertos, sino de vivos (Lc. 20, 38). Viviremos también nosotros, si quisiéramos imitar los hechos y costumbres de los mayores. Nos maravillamos de los premios de los patriarcas, imitemos sus obsequios; predicamos la gracia, sigamos la obediencia, no inducidos por los manjares, caigamos en los lazos del siglo. Arrebatemos la oportunidad del tiempo, lo prescrito de la Ley, la clemencia de la vocación, el deseo de la pasión. Salieron de su tierra los patriarcas, y salgamos nosotros por el propósito de la potestad del cuerpo; salgamos nosotros por el propósito, ellos por el exilio; pero no consideraron exilio lo que la devoción emprendía, no la necesidad imperaba. Ellos cambiaron tierra por suelo, nosotros cambiemos tierra por cielo; ellos por la habitación, nosotros por el espíritu. A ellos la sabiduría les mostró el cielo iluminado por estrellas, a nosotros ilumine los ojos del corazón. Así el tipo concurre a la verdad, y la verdad al tipo.

96. Abraham, preparado para recibir a los huéspedes (Gén. 18, 2), fiel a Dios, diligente en el ministerio, pronto en el oficio, vio a la Trinidad en un tipo, acumuló la hospitalidad con la religión, mirando a tres, adorando a uno; y guardada la distinción de las personas, nombraba sin embargo a un solo Señor, difiriendo la honorificencia

del don a tres, y significando una sola potestad. Pues hablaba en él no la doctrina, sino la gracia; y creía él mejor lo que no había aprendido, que nosotros que lo hemos aprendido. Pues nadie había falsificado el tipo de la verdad, y por eso ve a tres, pero venera la unidad. Presenta tres medidas de flor de harina, inmola un solo becerro; creyendo suficientemente que es uno solo el sacrificio, el don de los tres: una sola la hostia, la gracia de los tres. Pues en los cuatro reyes (Gén. 14, 1 y sigs.) ¿quién no entiende que sometió a sí los elementos de la naturaleza material, por el indicio de la prefigurada pasión del Señor, y todas las cosas mundanas? Fiel en la guerra, abstemio en el triunfo, que prefería no enriquecerse con dones de hombres, sino con los de Dios.

97. Creyó el anciano que podía engendrar un hijo, juzgó el padre que podía inmolar a su hijo (Gén. 22, 11); ni trepidó el afecto paterno, cuando la piedad ayudaba a la diestra del anciano; pues sabía que el hijo inmolado era más acepto a Dios que sano. Por tanto, conduce al sacrificio al hijo queridísimo; y al que tarde había recibido, pronto lo ofreció; ni es revocado por la apelación del nombre paterno, cuando aquel llamaba padre, este hijo. Caras ciertamente las prendas de los nombres, pero más amables los preceptos de Dios. Así pues, aunque se compadecieran los corazones, los votos duraban. Blandió sobre su hijo la espada con mano paterna, e hirió con afecto patrio, para que no pereciera por la pena; trepidó, no fuera que el golpe errara, y la diestra desfalleciera. Sintió el afecto de la piedad, pero

no omitió el negocio de la devoción; y apresuraba el obsequio, incluso cuando oía el oráculo. De donde también nosotros prefiramos a Dios a todos los que amamos, padre, hermanos, madre; para que pueda conservarnos a los amados, así como en Abraham vemos a un remunerador más abundante que a un ministro.

98. Ofreció ciertamente el hijo el padre, pero Dios no con sangre, sino con piedad se aplaca. Mostró una oveja por el hombre en el madero; para que y devolviera el hijo al padre, ni pereciera la hostia para el sacerdote. Así pues, ni Abraham se manchó con parricidio, ni Dios fue defraudado del sacrificio. Vio el profeta, y ni afectó jactancia, ni mantuvo pertinacia: cambió la oveja por el hombre. Por lo cual más se muestra, cuán religiosamente ofreció, al que tan gustosamente recibió. Y tú si ofreces a Dios tu don, no lo pierdes. Pero somos avarientos. Dios ofreció a su único Hijo a la muerte por nosotros (Rom. 8, 32), nosotros negamos los nuestros. Vio esto Abraham, y conoció el misterio, de que nuestra salvación había de ser en el madero; ni se ocultó en uno y el mismo sacrificio que otra era la cosa que parecía ofrecerse, otra la que podía ser matada.

99. Imitemos, pues, la devoción de Abraham, imitemos la bondad de Isaac, imitemos su castidad. Varón a todas luces bueno y púdico, devoto de Dios, casto con su esposa; que no devolvió injuria, cedió a los que lo excluían, recibió a los mismos cuando se arrepintieron, ni protervo en la contumacia, ni duro en la gracia. Huyendo de los litigios cuando se retiraba; fácil para el perdón

cuando recibía; más profuso en bondad cuando perdonaba. Se pedía el consorcio de la sociedad, añadió el convite de la voluptuosidad.

100. Imitemos también en Jacob el tipo de Cristo, haya en nosotros alguna similitud de sus hechos. Seremos consortes si fuérimos imitadores. Obedeció a la madre, cedió al hermano, sirvió al suegro, buscó la merced de las ganancias, no de la división del rebaño. No avarienta división, donde hay una porción lucrativa. Ni aquella ociosa significación, la escala del cielo (Gén. 28, 12), de que por la cruz de Cristo se verían los futuros consorcios de ángeles y hombres. A quien se le entumeció el muslo (Gén. 32, 29), para que en su muslo conociera al heredero de la generación, y el entumecimiento del muslo profetizara la pasión del heredero.

101. Vemos, por tanto, que el cielo se abre a la virtud, y que esto no es de pocos; pues muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y del Aquilón y del Austro, y se recostarán en el reino de Dios (Mt. 8, 11), expresando la delectación de la quietud perpetua, sepultados los movimientos de los ánimos. Sigamos a Abraham en las costumbres, para que nos reciba en su seno, y como a un Lázaro heredero de su humildad (Lc. 16, 23) rodeado de sus propias virtudes nos fomente con piadoso abrazo. Pues no en un seno corporal, sino en una cierta vestidura de buenos hechos nos fomenta la sucesión aprobada por Dios del santo patriarca. No queráis, dice, ser seducidos, de Dios nadie se burla (Gál. 6, 7).

102. Advertimos cuán grave sacrilegio es no creer en la resurrección; pues si no resurgimos, por tanto Cristo en vano murió, por tanto Cristo no resurgió (1 Cor. 15, 13). Pues si por nosotros no resurgió, ciertamente no resurgió aquel que por sí por qué resurgiera no tenía. Resurgió en él el mundo, resurgió en él el cielo, resurgió en él la tierra; pues habrá cielo nuevo y tierra nueva (Apoc. 21, 1). Pero para él ¿dónde era necesaria la resurrección, a quien los vínculos de la muerte no retenían? Pues aunque muerto según el hombre, en los mismos sin embargo estaba libre en los infiernos.

103. ¿Quieres saber cuán libre? He sido hecho como hombre sin auxilio, libre entre los muertos (Sal. 87, 5). Y bien libre, que se podía suscitar a sí mismo, según lo que está escrito: Desatad este templo, y en tres días lo resucitaré (Jn. 2, 19). Y bien libre, que había descendido para redimir a otros. Fue hecho, pues, como hombre, no ciertamente en la apariencia, sino formado en la verdad; porque es hombre, ¿y quién lo conocerá? Pues hecho a semejanza de los hombres, y hallado en la apariencia como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Fil. 2, 7. 8); para que por aquella obediencia ciertamente viéramos su gloria, la gloria como del unigénito del Padre según san Juan (Jn. 1, 14). Así pues se guarda la figura de la Escritura, para que tanto la gloria del unigénito como la naturaleza del hombre perfecto se guarde en Cristo.

104. Así pues, no necesitó de ayudante; ni en verdad lo necesitó cuando hacía el mundo; para

que lo necesitara cuando lo redimiera. No un legado, no un nuncio, sino el mismo Señor lo salvó; él mismo dijo, y fueron hechos (Sal. 32, 9). El mismo Señor lo salvó; en todas partes él mismo, porque por él son todas las cosas (Col. 1, 17). ¿Pero quién lo ayudaría a él, en quien fueron creadas todas las cosas, y todas las cosas en él consisten? ¿Pero quién lo ayudaría a él, que todas las cosas en un momento hace, y en la última trompeta a los muertos suscita (1 Cor. 15, 52)? No porque o en la primera, o en la segunda no pueda, o en la tercera; sino que se guarda el orden, no por el cual haya de vencerse tarde una dificultad, sino que el legítimo número deba ser explicado.

105. Es tiempo, sin embargo, pienso, de hablar de la especie de las trompetas, puesto que el sermón se apóxima al fin; para que de nuestro discurso que también ha de consumarse sea la trompeta la señal. Siete trompetas leemos en el Apocalipsis de Juan, que siete ángeles tomaron (Apoc. 8, 2). Donde tienes que el séptimo ángel tocó la trompeta, y se hizo una gran voz del cielo diciendo: Se ha hecho el reino de este mundo de nuestro Dios, y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos (Apoc. 11, 15). La trompeta ciertamente también se toma por la voz, porque tienes: Pues he aquí una puerta abierta en el cielo, y la voz primera que oí, como una trompeta hablando conmigo y diciendo: Sube acá, y te mostraré las cosas que conviene que se hagan (Apoc. 4, 1). Leemos también: Tocad al inicio del mes la trompeta (Sal. 80, 4); pero también en otro lugar: Alabadlo en el sonido de la trompeta (Sal. 150, 3).

106. Por tanto, qué quiera para sí la significación de las trompetas, con toda virtud debemos advertir; no sea que recibiendo como una fábula de viejas peligrosos, si cosas indignas del dogma espiritual, ni convenientes a la eminencia de las Escrituras sintiéramos. Pues habiendo leído que para nosotros la guerra no es contra la carne y la sangre, sino contra las maldades espirituales que están en los cielos (Ef. 6, 12); no armas carnales ciertamente, sino fuertes para Dios debemos estimar (2 Cor. 10, 4). Pues no basta que veas la trompeta, ni oigas su sonido, si no entiendes la propiedad del sonido. Pues si la trompeta diera una voz incierta, ¿cómo alguien se preparará para la guerra? De donde conviene que sepamos la virtud de la voz de la trompeta, para que no parezcamos bárbaros cuando trompetas de este género o oímos o hablamos. Y por eso cuando hablamos, oremos para que nos las interprete el Espíritu Santo.

107. Requiramos, pues, en las Escrituras antiguas qué hayamos leído sobre el género de las trompetas, conviniendo en que aquellas solemnidades que a los judíos por la Ley están prescritas son sombra de las celebraciones superiores y de los festejos celestiales. Pues aquí está la sombra, allí la verdad. Por la sombra nos esforcemos en llegar a la verdad. Cuya figura también en otro lugar está expresada de este modo; pues tienes que habló el Señor a Moisés: Habla a los hijos de Israel, diciendo: En el mes séptimo, el primero del mes, habrá para vosotros descanso en memorial de trompetas, convocación santa será para voso-

tros. Toda obra servil no haréis, y encenderéis holocausto al Señor (Lev. 23, 24). En los Números sin embargo: Habló el Señor a Moisés, diciendo: Hazte dos trompetas dúctiles, de plata las harás, y te servirán para convocar a la sinagoga y para mover los campamentos; y tocarás con ellas las trompetas, y se congregará toda la turba a la puerta del tabernáculo del testimonio. Pero si tocaras con una sola trompeta, vendrán a ti todos los príncipes y jefes de Israel, y tocaréis con la trompeta la señal primera, y moverán los campamentos, y se situarán hacia el Oriente. Y tocaréis con la trompeta la señal segunda, y moverán los campamentos, y se situarán hacia el Líbano. Y tocaréis con la trompeta la señal tercera, y moverán los campamentos, que se situarán hacia el Bóreas. Y tocaréis con la trompeta la señal cuarta, y moverán los campamentos, que se situarán hacia el Aquilón. La señal con la trompeta tocarán en el movimiento de ellos. Y cuando congreguéis a la sinagoga, tocad con la trompeta, y no la señal. Y los hijos de Aarón sacerdotes tocarán las trompetas, y será para vosotros ley eterna en vuestras generaciones. Pero si salierais a la guerra en vuestra tierra contra los adversarios que os resisten, señalaréis con las trompetas, y seréis recordados ante el Señor, y tendréis liberación de vuestros muertos. Y en los días de vuestra alegría, y en vuestros días festivos, y en vuestros novilunios tocad juntamente con las trompetas, tanto en vuestros holocaustos como en vuestros sacrificios salutíferos, y será para vosotros en

vuestra conmemoración ante el Señor, dice el Señor (Núm. 10, 1 y sigs.).

108. ¿Qué, pues, estimaremos los días festivos en la bebida y en los banquetes? Pero nadie nos juzgue en el comer; pues sabemos que la Ley es espiritual (Rom. 7, 14): Nadie, pues, nos juzgue en algunas comidas o en la bebida, o en parte de día festivo, o novilunios, o sábado; que son sombra de lo futuro, pero el cuerpo es de Cristo (Col. 2, 16). el cuerpo de Cristo que otra vez la trompeta novísima nos revelará; puesto que el mismo Señor con el mandato del arcángel y con la trompeta de Dios descenderá del cielo; y los muertos que están en Cristo resurgirán (1 Tes. 4, 15); pues donde esté el cuerpo, allí también las águilas (Lc. 17, 37); donde el cuerpo de Cristo, allí la verdad.

La séptima trompeta, por tanto, parece significar el descanso de la semana, la cual no solo en días y años y periodos se estima (de donde también el jubileo es número sagrado), sino que también comprende el año septuagésimo, cuando a Jerusalén regresó el pueblo que por setenta años duró en la cautividad. En las centenas también y en los millares la observación del sagrado número de ningún modo se pasa por alto; pues no ociosamente Dios dijo: Reservé para mí siete mil varones que no doblaron las rodillas ante Baal (1 Rey. 19, 18). Por tanto la sombra del futuro descanso en días, meses, años, se figura por el tiempo del mundo mismo; y por eso por Moisés se manda a los hijos de Israel que en el mes séptimo, el primero del mes, a cada uno se le haga descanso en memorial de trompetas; ni obra alguna servil,

sino que se ofrezca sacrificio a Dios; por el hecho de que en el mismo fin de la semana, como sábado del mundo, obras espirituales de nosotros, no carnales, se exigen. Pues lo que es carnal es servil; porque al alma la carne sirve; pero libre la inocencia hace, la culpa esclavo.

109. Fue necesario, por tanto, que las cosas espirituales se hicieran a través de un espejo y en enigma: «Pues ahora vemos por un espejo, pero entonces cara a cara» (1 Cor. 13, 12). Ahora militamos según la carne, entonces por el espíritu veremos los divinos misterios. Y por eso el carácter de la verdadera ley se exprese en nuestras costumbres, nosotros que caminamos en la imagen de Dios; puesto que ya la sombra de la ley pasó: sombra para los judíos carnales, imagen para nosotros, verdad para los que han de resucitar. Pues estas tres cosas según la Ley supimos que existen: sombra, imagen, verdad: la sombra en la Ley, la imagen en el Evangelio, la verdad en el juicio. Pero todo es de Cristo, y en Cristo todo, a quien ahora según la verdad no podemos ver; sino que vemos como en una cierta imagen de lo futuro, cuya sombra en la Ley divisamos. Por tanto, Cristo no es sombra, sino imagen de Dios; no imagen vacía, sino verdad. Y por eso por Moisés la Ley; porque la sombra a través del hombre, la figura por la Ley, por Jesús la verdad (Jn. 1, 17). Pues la verdad de ningún otro lugar, sino de la verdad, procedería.

110. Si alguien, pues, desea ver esta imagen de Dios, debe amar a Dios para ser amado por Dios; y sea ya no siervo, sino amigo, quien los mandatos de Dios hiciere; para que pueda entrar en la nube

donde está Dios (Éx. 24, 15). Él mismo se haga dos trompetas racionales dúctiles de plata probada (Núm. 10, 1), esto es, compuestas y adornadas con palabra preciosa; con las cuales ningún ronco reproche interrumpa con terrible sonido el murmullo, sino que sublimes gracias a Dios con continua jubilación se derramen. Pues con el sonido de tales trompetas los muertos son resucitados, no ciertamente por el estrépito del aire, sino animados por la palabra de la verdad. And perhaps these are the two trumpets through which Paul, by the divine spirit, rebuked saying: «Oraré con el espíritu, oraré también con la mente; salmearé con el espíritu, salmearé también con la mente» (1 Cor. 14, 15); pues lo uno sin lo otro de ningún modo parece tener la vocación perfecta.

111. No es, sin embargo, de todos el tocar con ambas trompetas, ni es de todos el congregar a la sinagoga universal; sino solo a los sacerdotes y ministros de Dios que tocan se les defiende esta prerrogativa (Núm. 10, 2 y sigs.); para que cualquiera que oyera, lo siguiera allí donde está la gloria de Dios, y al tabernáculo del testimonio con prematura intención concurriera; y pudiera contemplar las obras divinas, y aquel legítimo y eterno domicilio en la serie de su posteridad merecer. Pues entonces la guerra se termina, el enemigo es ahuyentado; cuando la gracia del Espíritu suena concorde, y la industria de la mente.

112. Son también aquellas trompetas salutíferas, si de corazón crees y con la boca confiesas: «Pues con el corazón se cree para la justicia, pero con la boca la confesión se hace para la salvación»

(Rom. 10, 10). Por esta doble trompeta, por tanto, a aquella tierra santa, a saber, la gracia de la resurrección, se llega; y por eso siempre para ti suenen acordes, para que siempre oigas la voz de Dios; siempre los oráculos de los ángeles y de los profetas te exciten y te conmuevan, para que a las cosas superiores te apresures.

113. Esta intención David revolvía en su pecho cuando decía: «Puesto que pasaré al lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios; en voz de exultación y de confesión, sonido de quien banquetea» (Sal. 41, 5). Pues no solo los enemigos con el sonido de estas trompetas son vencidos; sino que también las delicias, y los días festivos, y los novilunios sin estas no pueden existir. Pues nadie puede, a menos que beba las promesas del sermón divino y crea en los oráculos resonantes, exultar de alegría, celebrar días festivos o novilunios, en los cuales desee, vaciado de la gracia corporal y de la ocupación secular, llenarse de la luz de Cristo. Los sacrificios también ellos mismos no pueden ser probados por Dios, a menos que la confesión de la voz aspire, la cual con la oblación sacerdotal a implorar la gracia de Dios a los pueblos suele excitar.

114. Así pues, seamos predicadores del Señor y alabémosle en el sonido de la trompeta (Sal. 150, 3), no sintiendo cosas exiguas y viles sobre su virtud, sino aquellas que puedan llenar el oído de la mente y penetrar el secreto de la íntima conciencia; para que aquello que conviene al cuerpo no pensemos que ha de adaptarse a la divinidad; ni la magnitud de la potestad divina midamos con

las fuerzas humanas; para que busquemos cómo uno resucita, o con qué cuerpo viene, o de qué modo lo disuelto se une, lo caído se repara; pues estas cosas por el arbitrio de Dios, al mismo tiempo que se establecen, se cumplen. Ni se espera un audito sensible de trompetas, sino que la invisible potencia de la magnificencia celestial obra; pues para Dios el querer es por hecho; ni ha de requerirse el esfuerzo de la resurrección, sino que el fruto ha de ser por nosotros pretendido. Lo cual más fácilmente se celebrará si, vaciados de vicios, alcanzamos la plenitud del misterio espiritual, y la carne renovada tome la gracia del espíritu, y el alma tome prestado de Cristo el fulgor de la luz eterna.

115. Pero no solo de cada uno, sino también del universo son estos misterios. Advierte, pues, según el tipo de la Ley, el orden de la gracia. Cuando la trompeta primera haya sonado, congrega a los orientales, como principales y elegidos; cuando la segunda, a los iguales en méritos, que situados según el Líbano, hayan dejado las burlas de las naciones; cuando la tercera, a los que como agitados en el mar por el estrecho de este mundo, hayan vacilado en las fluctuaciones de este siglo; cuando la cuarta, a aquellos que de ningún modo hayan podido ablandar suficientemente la dureza de las mentes con el precepto del elocuio espiritual; y por eso según el Bóreas son llamados, pues el Bóreas según Salomón es un viento duro (Prov. 27, 16).

116. Así pues, aunque en un momento resuciten todos, todos sin embargo en el orden de los

méritos son resucitados. And por eso los primeros resucitan quienes, saliendo con maduro encuentro de devoción y con un cierto surgimiento ante-lucano de la fe, recibieron los rayos del sol eterno. Lo cual bien de los patriarcas según la serie del Antiguo Testamento, o de los apóstoles según el Evangelio con derecho recordaría. Los segundos sin embargo, quienes dejando el rito de las gentes, pasaron del error sacrílego a la disciplina de la Iglesia. Y por eso aquellos primeros de los padres, estos segundos de las gentes; pues de aquellos la luz de la fe comenzó, en estos duró recibida hasta el ocaso del mundo. Los terceros son resucitados, y los cuartos, los que del Austro y los que del Aquilón son. Por estos cuatro la tierra se distingue, por estos cuatro el año se incluye, por estos cuatro el mundo se llena, por estos cuatro la Iglesia se congrega. Pues todos los que acoplados a la sacrosanta Iglesia se censan con la apelación del nombre divino, alcanzarán la prerrogativa de la resurrección y la gracia de la delicia eterna; puesto que «vendrán de Oriente y de Occidente, del Aquilón y del Austro, y se recostarán en el reino de Dios» (Lc. 13, 29).

117. Pues no con exigua luz Cristo abraza a su mundo; puesto que «desde lo más alto del cielo es su salida, y su encuentro hasta lo más alto de él; ni hay quien se esconda de su calor» (Sal. 18, 7). Pues a todos benigno ilustra, ni quiere refutar al leve, sino enmendar; ni la Iglesia desea excluir al duro, sino ablandar. Y por eso en el Cantar de los cantares la Iglesia a ellos, en el Evangelio Cristo invita diciendo: «Venid a mí todos los que traba-

jáis y estáis cargados, y yo os refrescaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11, 28. 29).

118. Reconoce también la voz de la Iglesia invitante; dice pues: «Levántate, aquilón, y ven, austro; sopla por mi huerto y fluyan mis ungüentos. Descienda mi hermano a su huerto y coma el fruto de sus pomíferos» (Cant. 4, 16; 5, 1). Pues sabiendo ya entonces también que las obras de estos te serían fructuosas, a tu Cristo el fruto de tales prometías; y tú que primero dijiste que habías sido introducida por el Rey en el cubículo, amando los pechos sobre el vino, cuando amabas al que te amaba, buscabas al que te lactaba, despreciabas los peligros por la religión.

119. Después del Líbano, esposa, se te ruega que vengas, por el juicio del Señor todavía toda hermosa, todavía toda irrepreensible. Pues así está escrito: «Toda eres hermosa, mi próxima, y no hay reprensión en ti. Ven acá desde el Líbano, esposa, ven acá desde el Líbano» (Cant. 4, 7. 8).

120. Después, tú misma ya no temiendo ningún desprendimiento de agua, ya ningún ímpetu descendente del Líbano, convocas al aquilón y al austro, deseando que sea soplado tu huerto; para que en unos tus ungüentos fluyan, en otros ofrezcas a Cristo los múltiples frutos de tu fecundidad.

121. Y por eso «bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro» (Apoc. 22, 7), la cual nos reveló la resurrección con testimonios más evidentes diciendo: «Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono, y abrieron los libros; y otro libro fue abierto, que es

el de la vida; y fueron juzgados los muertos por lo escrito en los libros, según sus obras. Y dio el mar los muertos que en él estaban; y los infiernos dieron los muertos que ante sí tenían» (Apoc. 20, 12). No dudes, pues, de qué modo resucitan, a quienes los infiernos vomitan, el mar devolvió.

122. Recibe también cuándo se prometa la gracia futura de los justos: «Y oí —dice— una gran voz desde el trono diciendo: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios con ellos será su Dios. Y enjugará toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será más, ni luto, ni clamor, ni dolor habrá más» (Apoc. 21, 3. 4).

123. Compara ahora, si te place, y contrapón esta vida con aquella vida, y elige, si puedes, la vida perpetua del cuerpo en el trabajo y la penuria miserable de tantos cambios, y en el tedio de los votos, el fastidio de los placeres. ¿No es verdad que si Dios quisiera perpetuar estas cosas, aquellas elegirías? Pues si por sí misma la vida ha de ser evitada, para que sea fuga de las molestias, descanso de las penurias; ¡cuánto más aquel descanso ha de ser pretendido, al cual sucederá la delicia perpetua de la futura resurrección; donde no hay serie de crímenes, ni incentivo de delitos!

124. ¿Quién es tan paciente en el dolor que no ore por la muerte? ¿quién tan constante en la enfermedad que no opte por morir antes que vivir débil? ¿quién tan fuerte en la tristeza que no desee verse libre de ella aun muriendo? Pues si nosotros mismos, mientras vivimos, nos disgustamos a nosotros mismos, sabiendo que al vivir el

fin prescrito ha sido dado; ¡cuánto más de la vida esta nos hastiaríamos, si viéramos que los trabajos de este cuerpo habrían de ser para nosotros sin fin! ¿Quién hay, pues, que quiera ser exento de la muerte? ¿O qué cosa más grave que una inmortalidad miserable? «Si en esta vida —dice— solo en Cristo somos esperanzados, más miserables somos que todos los hombres» (1 Cor. 15, 19); no porque en Cristo esperar sea mísero, sino porque Cristo para los que esperan en Él haya preparado otra vida. Pues esta es obnoxio al pecado, aquella para el premio reservada.

124. Los mismos cursos breves de nuestras edades ¿cuánto vemos que nos traen fastidio? El niño desea la adolescencia, el adolescente mide para sí los años de una mayor edad, el joven ingrato al beneficio de la edad floreciente, concupisce la honorificencia senil. Así a todos les viene de la naturaleza el querer ser cambiados; porque de aquello que somos, nos pesa. Finalmente también los mismos votos tras el uso son para fastidio; y las cosas que merecer optamos, cuando las hubiéramos merecido, abdicamos.

125. Por lo cual no inmerecidamente también los varones santos prolongado su inquilinato a menudo dolieron (Sal. 119, 5): dolió David, dolió Jeremías (Jer. 20, 17), dolió Elías (1 Rey. 19, 4). Si a los sabios se cree, y estos en los cuales el Espíritu divino hablaba, a mejores cosas se apresuraban; si los juicios de los demás inquirimos, para que conozcamos que todos en una sola sentencia convienen; ¡cuántos la muerte a la tristeza, cuántos la muerte al temor prefirieron! juzgando

evidentemente que más grave es el miedo a la muerte que la muerte. ¡A tal punto por sus males la muerte no es temida, sino a las miserias de la vida antepuesta! cuando se pretende la salida del que muere y se evita el temor del que vive.

126. Pero sea así, la resurrección sea antepuesta a esta vida. ¿Qué, los mismos filósofos algún género tras la muerte encontraron, del cual nos deleitará más usar que resucitar? Y ellos ciertamente, los que dicen que las almas son inmortales, no bastante pueden acariciarme, cuando por parte me redimen. Pues ¿qué gracia puede haber donde no escapé todo? ¿qué vida, si en mí la obra de Dios muriera? ¿qué justicia, si el fin de la naturaleza fuera la muerte, común al errante o al justo? ¿qué verdad, que porque ella se mueva a sí misma y siempre se mueva el alma, sea creída inmortal? Lo que nos es común en el cuerpo con las bestias, antes del cuerpo qué se gestione es incierto; ni de los contrarios se colige la verdad, sino que se destruye.

127. ¿O acaso place la sentencia de aquellos que conmemoran que nuestras almas, cuando de este cuerpo emigraren, pasan a los cuerpos de las fieras y de varios seres vivientes? Mas ciertamente estas son burlas de los poetas compuestas con las circeas ilícitas de los medicamentos, como los mismos filósofos suelen disertar; ni tanto a aquellos que padecieron eso simulan, cuanto los sentidos de ellos que eso imaginaron, como por copa circea dicen convertidos en varios monstruos de bestias. Pues ¿qué cosa tan semejante a un prodigio como creer que los hombres pudieron ser

cambiados al hábito de las fieras? ¿De cuánto mayor prodigio es que el alma gobernadora del hombre, reciba la naturaleza de las bestias adversa al género humano, y la capaz de razón pueda pasar al animal irracional, que el que las efigies del cuerpo sean mudadas? Vosotros mismos estas cosas destruís, los que enseñáis. Pues encantadas con mágicos cármes, estos géneros de portentosa conversión habéis transmitido.

128. Juegan a esto los poetas, lo reprenden los filósofos; y las cosas que piensan fingidas de los vivientes, estas las arbitran verdaderas de los muertos. Mas aquellos que eso imaginaron, no su propia fábula quisieron probar, sino los errores de los filósofos burlar; quienes piensan que aquella alma que con propósito mitigado y humilde solía vencer la iracundia, asumir la paciencia, abstenerse de la sangre, la misma encendida por el rugiente movimiento del león, impaciente de la ira, con rabia desenfrenada, pueda tener sed de sangre y pretender la matanza; y aquella que los estrépitos de los pueblos varios con un cierto consejo real atemperaba y con voz racional acariciaba, la misma se permita entre los desvíos y desiertos al rito de los lobos aullar; o la que bajo injusto peso gemía, los duros trabajos del arado con mísera queja mugía, la misma después en figura de hombre conmutada, leves cuernos busque en la frente; o aquella que veloces plumas antes hasta lo alto del cielo por lo sublime del aire con el remigio de las alas elevaban, la misma después vuelos ya no suyos requiera y se duela de entorpecer por la gravedad del cuerpo humano.

129. De aquí tal vez también a aquel Ícaro perdisteis, porque por vuestras persuasiones inducido el adolescente, antes ave que fue tal vez había creído. De aquí también muchos ancianos fueron engañados, para que en grave dolor murieran, malamente crédulos a las fábulas cisneas, mientras piensan que acariciándose con módulos flebiles mudan la blanca canicie con blanda pluma.

130. ¡Cuán increíbles estas cosas! ¡Cuán deformes! Cuánto más conveniente es que creas según la naturaleza, creas según el uso de los demás frutos, creas según los ejemplos de los hechos, los oráculos de los profetas, el celestial compromiso de Cristo. Qué en verdad más excelente que juzgues que la obra de Dios no perece, y que los hechos según la imagen y semejanza de Dios no pueden ser transferidos a las efigies de las bestias; cuando ciertamente a la semejanza de Dios no del cuerpo sea la imagen, sino del espíritu. Pues ¿cómo el hombre, a quien están sujetos los géneros de vivientes demás, a un animal sujeto a sí en la mejor parte de sí emigre? No permite esto la naturaleza, y si lo permitiera la naturaleza, no lo permitiría la gracia.

131. Pero veré qué opinión de vosotros, gentes, tengáis; pues ni debe parecer mira que creáis que vosotros en bestias podéis ser cambiados, quienes a las bestias adoráis. Yo sin embargo preferiría que de vuestro mérito mejor juzguéis; para que no entre las asambleas de las fieras, sino entre los consorcios de los ángeles creáis que habéis de estar.

132. Tiene el alma desde esto ya que apartarse del anfracto de la vida y de la coluvión del cuerpo terreno, y tender a aquellas asambleas supernas, aunque sea de los santos llegar, a decir alabanza a Dios (la cual hemos hallado por profética lección que dicen aquellos citaristas: «Porque grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Omnipotente; justas y verdaderas tus vías, Rey de las gentes. Quién no temerá y magnificará tu nombre, porque solo tú eres santo, porque todas las gentes vendrán y adorarán ante ti»); ver también tus nupcias, Jesús, en las cuales de las cosas terrenas a las celestiales, con los gozos acordes de todos, la esposa es conducida; «pues a ti toda carne vendrá» (Sal. 64, 3), ya no obnoxio al siglo, sino acoplada al espíritu; ver los tálamos adornados con bizino, rosas, lirios y coronas. ¿De qué otro, pues, así se adornan las nupcias? ¿Se adornan pues con el livor de los confesores, la sangre de los mártires, los lirios de las vírgenes, las coronas también de los sacerdotes?

133. Esto para sí prefirió David santo sobre los demás, que esto contemplara y viera. Finalmente dice: «Una cosa pedí al Señor, esta buscaré; que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida y vea la voluntad del Señor» (Sal. 26, 4. 5).

134. Ayuda creer esto, deleita esperar; ciertamente no haber creído es pena, haber esperado es gracia. Que si en esto erro, porque a los ángeles asociarme tras la muerte prefiero que a las bestias, de buen grado erro en esto, ni nunca permitiré que de esta opinión, mientras viva, se me defraude.

135. Pues ¿qué de consuelo me queda, sino que más pronto a ti, hermano, espero que he de venir, ni los largos divorcios de tu partida entre nosotros habrán de ser; y que por tus intercesiones esto pueda conferírseme, que más pronto al que te desea invoques. Pues ¿quién hay que no deba optar por esto para sí sobre los demás: «que lo corruptible esto vista incorrupción y lo mortal esto vista inmortalidad» (1 Cor. 15, 53)? para que quienes ahora sucumbimos a la muerte por la fragilidad del cuerpo, situados sobre la naturaleza, ya no podamos temer la muerte.